

COLECCION

BAZOOKA

5
PTAS.

El SOL se pone
en SUMATRA
por S. Darnell

EL SOL SE PONE EN SUMATRA

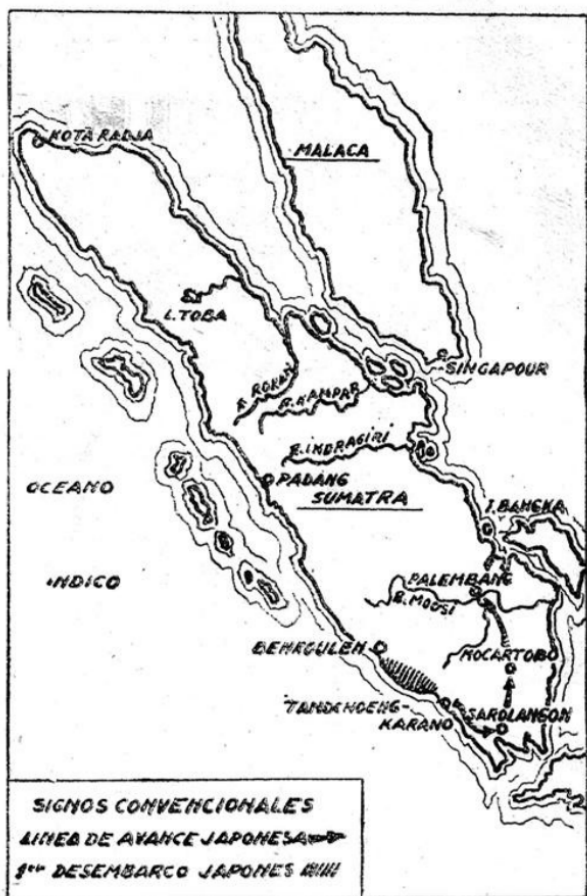
NOVELA DE
S. DARNELL



ROBERT
VAN WILLEMS

ALINE
JAN VAN CAURELAERT

CAPITAN CLESSE





EL SOL SE PONE
EN
SUMATRA

CAPÍTULO PRIMERO

FRENTE A LAS COSTAS DE SUMATRA

El alba no había atenuado aún la pureza y serenidad de la noche. El viento, que había despejado la niebla, era seco y fresco, y parecía arrancar destellos de todas las estrellas. El agua, de un color negro espléndido, se estremecía bajo los infinitos resplandores que se derramaban sobre ella. La poderosa quilla del gigantesco barco iba abriéndose paso entre las rizadas olas del mar, produciendo en su lento avance un son monótono, indefinido, constante.

La cubierta se hallaba desierta. Sólo de vez en cuando algún marinero cruzaba rápido el puente para desaparecer enseguida en el inmenso laberinto de puertas; escaleras, terrazas y pasillos del trasatlántico.

Cuando el primer reflejo solar despuntó sobre la línea del horizonte imprimiendo tintes dorados a la superficie del océano, la silueta de una mujer elegantemente vestida apareció de pronto en lo alto de una escalinata que unía las dos cubiertas del barco. La pasajera se detuvo unos instantes junto a la borda. Sus ojos recorrieron lentamente una larga distancia, desde la blanca y espumosa línea dejada atrás por la motonave, hasta el lugar donde el mar y el cielo parecían confundirse. En la misma posición, sin moverse, recortando su figura sobre los difusos tintes del firmamento, permaneció largo rato.

Cualquiera que se hubiese aproximado a ella lo suficiente para poder apreciar con detalle los rasgos de su cara, hubiera podido ver que se trataba de una mujer joven aún, de unos treinta años aproximadamente y considerablemente hermosa. Su sedosa cabellera rubia se estremecía bajo las caricias de la fresca brisa del amanecer, y sus ojos, verdes y expresivos, no se apartaban del lugar

por el que había de aparecer muy pronto, rodeado de un halo de vivos destellos, el sol.

Algunos minutos después, otra mujer, ataviada con un sencillo vestido negro, salió de un camarote de primera clase. Su edad rebasaría bastante los cuarenta años y no llegaría sin duda a los cincuenta. Al igual que la primera pasajera, se aproximó a la borda y se puso a contemplar el mar, cuyas aguas iban adquiriendo por momentos un tinte más verdoso, más claro. Luego volvió el rostro hacia la joven, que seguía sin moverse, como una estatua. Con paso indeciso, tenue, fue aproximándose a ella.

—¡Buenos días! —saludó.

La muchacha de los ojos verdes pareció salir de un profundo sueño. Se estremeció un momento, enderezó cuanto pudo su grácil talle y su pecho se agitó al aspirar profundamente la fresca brisa del mar.

—¡Buenos días, señora! —exclamó.

—Veo —dijo su interlocutora— que ha habido alguien que ha madrugado más que yo.

Los labios de la joven dibujaban una leve sonrisa.

—Hacía mucho calor en mi camarote. No podía dormir y decidí salir a tomar un poco el fresco. —Luego prosiguió—: El amanecer en los trópicos es único.

Ambas mujeres volvieron a fijar su atención en el mar y durante largo rato guardaron silencio.

Sobre la línea del horizonte fueron dibujándose, confusamente primero, con mayor claridad, después, unas formas oscuras, alargadas, irregulares.

—¿Qué es aquello? —preguntó la de más edad.

—Las costas de Sumatra —informó la joven—. El fin de mi viaje.

—Yo voy mucho más lejos: al Japón.

—¿Tiene usted familia allí?

—En el Japón, no. Pero tengo un hijo en Corea. ¡Mi pobre Bob! —exclamó.

De sus ojos brotaron, incontenibles, dos lágrimas. Un sollozo ahogó sus últimas palabras.

La joven la contemplaba entre extrañada y sorprendida, sin atreverse a indagar sobre la causa de aquella pena.

—¿Le ha ocurrido... algo malo? —preguntó al fin, con tímida

VOZ.

—Hasta ahora, no —exclamó su acompañante—. Pero tengo un terrible presentimiento. ¡El jamás ha servido para estas cosas!

—¿A qué cosas se refiere usted?

—A la guerra. Mi Bob no será nunca un buen soldado. ¡Es tan tímido, tan apocado!

—Entonces, ¿por qué decidió ir a Corea? —preguntó la joven.

—Bob estudiaba en la Universidad; quería ser abogado. Cuando estalló la guerra fueron muchos los estudiantes que se alistaron voluntarios. Mi hijo tenía varios amigos íntimos. Todos decidieron inscribirse en la Infantería de Marina. ¡Ya sabe usted cómo son los jóvenes! Irreflexivos, atolondrados, no saben medir la gravedad de sus actos. Bob fue el único que no lo hizo. Pero sus compañeros comenzaron a reírse de él y a insultarlo con los más crueles epítetos, hasta que, al fin, para evitar ser tildado de cobarde, se alistó también.

La joven escuchaba con creciente interés lo que aquella mujer, de aspecto retraído, le iba contando.

—Aún recuerdo —prosiguió— la expresión de su cara cuando me abrazó por última vez, poco antes de embarcarse hacia Corea. Estaba asustado, terriblemente asustado. Ignoro si sus compañeros tenían razón cuando le llamaron cobarde. Tal vez estuvieran en lo cierto. Pero para una madre, eso no importa. Es una circunstancia sin trascendencia alguna. Cobarde o no, Bob es mi hijo, lo único que tengo en este mundo, y no soporto la idea de perderlo para siempre.

Se hizo un profundo silencio, roto tan sólo por el continuo murmurar de las olas.

—¡No debí permitirlo! —exclamó la mujer, cubriéndose la cara con las manos—. Querer hacer de Bob un héroe, es como intentar derribar de un soplo la cordillera de los Andes. Fue siempre un muchacho bueno, estudioso, serio; pero en manera alguna un héroe. —Enjugó con nervioso movimiento las lágrimas que corrían por sus mejillas y prosiguió—: Y no es sólo el peligro de la guerra lo que me preocupa, sino en mayor grado el sufrimiento moral por el que estará pasando. Sus cartas, que con regularidad he ido recibiendo, así me lo dan a entender. Sus compañeros siguen riéndose de él, de su apocamiento, de su falta de energía y decisión, y no desaprovechan una sola oportunidad para mortificarlo más y más.

Sé que él hace todo lo posible para sobresalir en algo, o, al menos, para igualarse a los demás; pero no lo consigue. Compréndalo usted, señorita; todo esto para una madre es... muy doloroso. Ahora me dirijo al Japón. La división a que pertenece será relevada pronto del frente y tal vez pueda llegar hasta él; tal vez pueda verle, hablarle, aunque sólo sea un momento. —Rompió a llorar amargamente—. ¡Aunque Bob sea un cobarde, es mi hijo... y le quiero con toda...!

No pudo concluir. El llanto se lo impidió. La joven se aproximó a ella y le rodeó cariñosamente la cintura con un brazo.

—Tranquílese, señora —dijo—. Comprendo lo que le ocurre y me hago cargo de su pena. Sin embargo, creo que está usted equivocada. Bob no es ningún cobarde.

—¿Cómo lo sabe usted? No lo conoce.

La muchacha sonrió con amargura.

—Es cierto —dijo—. Nunca he visto a su hijo, pero me parece conocerlo muy bien.

—No comprendo...

—Los conceptos de cobardía y heroísmo son relativos —prosiguió la joven, atajándola—. Bob será en la opinión de muchos un cobarde. Pero no dude usted que algún día se le presentará una oportunidad de demostrar lo contrario, y el concepto en el que hoy le tienen sus compañeros desaparecerá en un instante como se esfuma la niebla barrida por la luz del sol. Y quizás muchos de los que ahora se ríen de él sean incapaces de superarle ni aun igualarle en lo sucesivo.

—¡Gracias, muchas gracias por sus palabras! —exclamó entonces su interlocutora—. Pero Bob siempre será igual, carece de valor, tiene miedo. Ello no es un defecto. Cada cual sirve para una cosa determinada, y mi hijo, concretamente, no es ni será jamás un buen soldado.

—No tiene valor el que carece de miedo —dijo la joven—. Ese mortal no ha nacido aún. El auténtico valor consiste en saber disimular el miedo, acallararlo, dominarlo. Yo he conocido hombres que alardeaban de valerosos y, en el fondo, estaban terriblemente asustados.

La muchacha dirigió sus ojos hacia el horizonte. Medio encubiertas por brumas blancas se perfilaban las, lejanas costas de

Sumatra.

—Hace exactamente nueve años —prosiguió—, a raíz de la declaración de guerra del Japón a las Potencias occidentales y del avance de los nipones por todo el ámbito del Pacífico, tuvo lugar un hecho, precisamente en esa isla que ahora estamos contemplando, cuya historia quisiera que escuchara usted. Todo comenzó en el mes de agosto de 1942.

CAPÍTULO II

ROBERT WILLEMS

Los azulados uniformes de los soldados contrastaban violentamente con el fondo verde esmeralda del paisaje. La selva, cerrada, casi impenetrable, circundaba el campamento militar como un anillo de gigantescas proporciones. Las blancas lonas de las numerosas tiendas de campaña, diseminadas por todas partes, rompían un tanto la monotonía del ambiente, mientras se escuchaban ininterrumpidamente mil clases de ruidos diversos; una curiosa y estridente sinfonía de voces y relinchos de caballos, mezclada con el peculiar graznido de los pájaros de la jungla, se elevaba hacia el cielo, esparciéndose después por encima de los más altos árboles hasta perderse en la lejanía.

Al agudo son de una corneta, el campamento pareció recobrar nueva vida. Del interior de las blancas tiendas comenzaron a salir a toda prisa los soldados, los cuales, tras una larga serie de empujones y algunas caídas, producidas por el apresuramiento, quedaron perfectamente formados en una amplia explanada.

Frente a los soldados se colocaron los oficiales y, poco después, un comandante, alto y fornido, pasó detenida revista a la formación. Una vez concluida, y a una determinada señal, los soldados deshicieron en un segundo las perfectas hileras y a paso rápido desaparecieron en la selva.

Los oficiales, en grupo, se dirigieron hacia sus caballos.

—¡Por fin! —exclamó uno de ellos—. Estoy harto de campamento, de fusiles, de comandantes y de toques de corneta.

—Lo mismo nos pasa a los demás —aseguró otro—. Pero ahora, en Palembang, podremos desquitarnos de una semana aburrida.

—¿Dónde está Robert? —preguntó un tercero—. ¿No nos

acompañar?

—No te preocupes por Robert —dijo el que había hablado primero—. Ya sabes cómo es. No hay quien lo entienda.

—¡Por allí va! —exclamó un teniente bajo y rechoncho, señalando con un dedo—. ¿Quieres que le llamé, Lode?

—Ya te he dicho que no te preocupes por él —pidió en tono casi violento Lode—. ¡Déjalo en paz! Como siempre, preferirá ir a enterrar su melancolía en cualquier lugar; y para esto es mejor que vaya solo.

De un hábil salto montó sobre un brioso caballo negro. El resto de los oficiales le imitaron. Sólo el teniente bajo y gordo permaneció en el suelo.

—No está bien lo que hacemos con Robert —protestó—. Lo dejamos siempre solo.

—No somos nosotros los que huimos de su compañía, sino él quien rechaza la nuestra —dijo otro teniente—. No lo olvides, Ter.

—Pero...

—No quiero hablar más de este asunto —exclamó Lode—. ¡Adiós!

Espoleando a su caballo se lanzó a galope tendido por la explanada del campamento, desapareciendo poco después entre los árboles de la jungla. Sus compañeros le imitaron. Ter pareció dudar un momento. Por fin, montando a caballo con una agilidad insospechada, siguió al resto de los oficiales.

Robert llegó a paso lento hasta la puerta de una tienda y entró en ella.

—¡A sus órdenes, mi teniente! —Un soldado con el clásico uniforme de las tropas holandesas de ultramar, es decir, guerrera y pantalones azules, bandas en las piernas y gruesas botas de negro cuero, se cuadró al entrar el oficial—. El capitán Clesse desea verle.

—¡Gracias! Enseguida voy. —El soldado salió de la tienda.

Robert tomó de encima de una pequeña mesa de madera blanca un libro de rojas cubiertas y salió también. Se encaminó a una tienda próxima, en la que penetró decididamente. Un oficial, de unos veintinueve o treinta años de edad, volvió la cabeza. El teniente se cuadró.

—¿Me ha mandado llamar, mi capitán? —preguntó.

—Sí, Willems; siéntese. —Clesse revolvió entre unos papeles

amontonados sobre una mesa y tomó uno de ellos—. He recibido esta comunicación del coronel van Caurelaert. En ella me ordena tener preparada a la compañía para pasado mañana. Quiere comprobar el grado de instrucción de los hombres del regimiento, y nos ha elegido a nosotros para que le demos esa prueba. Desarrollaremos un supuesto táctico que tenga como objeto la lucha en terreno despejado, sin la protección de árboles ni vegetación alguna. Emplearemos como escenario el monte Ubin, que reúne las condiciones apetecidas. Ahora escúcheme usted con atención.

Robert se inclinó sobre un mapa que Clesse extendió sobre la mesa.

—Éste es el monte Ubin —dijo el capitán, señalando un lugar del plano—. La compañía, al mando de usted, se situara exactamente aquí, al pie de esta loma. A una señal convenida iniciarán la ascensión, que no deberá interrumpirse hasta la cumbre. Yo me situaré en ella con una sección de ametralladoras y con la misión concreta de impedirles sus propósitos. Ésta es, a grandes rasgos, la operación a realizar. Los detalles de la misma se los notificaré por escrito. En cuanto a la forma, a la manera como deben ser distribuidos los hombres de la compañía para escalar el Ubin y táctica a emplear, depende exclusivamente de usted, de los conocimientos que como oficial debe poseer. Le encarezco el más exacto cumplimiento de las instrucciones que reciba y a la vez espero que pondrá en ello el máximo interés. El coronel Caurelaert nos estará contemplando.

A medida que el capitán Cornil Clesse hablaba, Robert había ido mudando la expresión de su rostro. El color de su cara desapareció para dejar paso a una extremada palidez. Sus ojos adoptaron una expresión indefinida, mezcla de temor y desconcierto, y sus manos, grandes y musculosas, se restregaban entre sí nerviosamente.

—El fuego que desde la cumbre yo les haré —prosiguió el capitán— será real. Debe adoptar, por consiguiente, toda clase de precauciones. Las alzas estarán bien calculadas y las ráfagas les pasarán por encima, dejando entre ellas y ustedes una zona de seguridad. No obstante, debe poner la máxima atención en lo que haga y no permitir que ningún soldado obre por su cuenta y riesgo.

—Sí, mi capitán —pudo decir, no sin evidentes esfuerzos, Willems.

—Ahora viene lo más importante —prosiguió Clesse—. A doscientos cincuenta metros del punto de partida de la compañía, exactamente aquí, se colocarán unas minas que harán explosión siete minutos después de iniciado el avance. Para entonces, todos sus hombres tienen que haber cruzado esta zona, ya que de no hacerlo, correrían el peligro de volar por los aires. Es el único detalle algo arriesgado de toda la operación. No obstante, en siete minutos tienen ustedes tiempo más que suficiente para recorrer quinientos metros. Esto es todo. Los detalles, como ya le he dicho, se los daré por escrito.

Robert se enderezó, suspiró con fuerza y, sacando de uno de los bolsillos de su guerrera un pañuelo, se enjugó la frente.

—¿Qué le pasa, Willems? —preguntó el capitán, contemplando, sorprendido, el demudado rostro del teniente—. ¿Se encuentra usted mal, acaso?

—No, no. Estoy bien —exclamó Robert—. Es ese agobiante calor; no puedo acostumbrarme a él.

—Ya se acostumbrará —rió Clesse—. A todos nos ha pasado lo mismo. Al principio produce molestia e incluso alteraciones orgánicas, pero acaba uno adaptándose a él.

—Esto espero.

—¿Dónde están Lode, Ter y los otros tenientes? —preguntó entonces el capitán, variando el tema de la conversación.

—Creo que han ido a Palembang.

—¿Y usted por qué no ha ido con ellos? ¿Acaso no le gusta divertirse de vez en cuando?

—Sí, señor —repuso Robert—. Pero he preferido quedarme para concluir este libro.

Alzó ligeramente el brazo en cuya mano sostenía el tomo de cubiertas rojas.

—¿Me permite? —preguntó Clesse, tomándolo—. ¡Estupendo! —exclamó—. Es usted un hombre de gusto. Sabe escoger buena literatura. —Luego, leyendo el título de la obra, prosiguió—: «El Condenado por Desconfiado», de Tirso de Molina. ¡Un gran autor español! Sí, conclúyalo usted, Willems. Le conviene. Hay que confiar en Dios primeramente, y luego en uno mismo.

Robert no pudo sostener la mirada del capitán y bajó la cabeza.

—Sí, señor —exclamó.

Luego tomó precipitadamente el libro y salió de la tienda.

CAPÍTULO III

OPORTUNA INTERVENCIÓN

Robert van Willems había llegado a Sumatra hacía escasamente un mes. Procedente de la Academia Militar General, había sido destinado en un principio a la isla de Java. Bisoño aún, no se le confió de momento mando alguno, y así, en situación de reserva, permaneció en la hermosa y turbulenta isla durante algún tiempo.

Más tarde fue trasladado a Sumbawa, en el seno de cuya pequeña guarnición estuvo dedicado a servicios puramente administrativos. Finalmente, bastante tiempo después de que el ejército alemán ocupara la metrópoli holandesa, fue destinado a Sumatra, y por necesidades de reajuste en la plantilla de oficiales de la guarnición de la isla, el regimiento del coronel Jan van Caurelaert, acantonado en las proximidades de Palembang.

Robert contaba entonces veintitrés años de edad. Era alto, delgado, de facciones firmes y enérgicas, tez morena, en contraste con la generalidad de los hombres de su raza, cabello abundante y labios finos y bien dibujados. Sólo sus ojos, apagados, sin vida, inexpresivos, contrastaban con el resto de su persona.

Desde su llegada a la unidad comenzó a dibujarse, levemente primero, más acusadamente después, una profunda separación entre Robert y el resto de los oficiales. Robert era el intruso, el novato, el atildarlo oficial de Academia. Los otros eran los veteranos, los soldados hechos a todo, formados en la vida dura y difícil de las colonias. El primero era el teórico. Los otros exclusivamente prácticos. Robert gustaba de entretener sus ocios leyendo, escribiendo o simplemente paseando solo, enfrascado en sus hondas reflexiones. Por el contrario, Lode, Ter y los demás tenientes preferían en sus ratos libres saturar sus curtidos estómagos con la

sabrosa ginebra de la Patria, de la que disponían aún en grandes cantidades, o bien pasear en compañía de las bellas hijas de los hacendados holandeses. Robert van Willems sólo había encontrado un amigo en el regimiento de Jan van Caurelaert: el capitán de su compañía, Camile Clesse. Éste comprendió al teniente desde el primer momento, pese a que distaba mucho de ser un buen oficial. Le ayudó en todo, orientándole en el cumplimiento de los deberes que el servicio le imponía y substituyendo con sus consejos la falta de práctica y decisión del nuevo oficial.

Cuando Robert salió de la tienda del capitán se encaminó a paso lento hacia un grupo de árboles, en uno de los cuales se hallaba atado un hermoso caballo. Llegó hasta él, arregló las cinchas y los estribos y montó seguidamente. Puso al animal al paso y se encaminó en dirección opuesta a la seguida momentos antes por los otros oficiales. Siguiendo una estrecha senda, se internó en la selva, sorteando hábilmente los numerosos árboles que iban apareciendo constantemente en su camino. Un tupido techo de ramas retorcidas impedía que los rayos solares penetraran en aquel ambiente cerrado, denso, envuelto en una semipenumbra agobiante y molesta. Sólo de vez en cuando algún destello de viva luz, filtrándose a través de las infinitas hojas de los árboles, llegaba hasta él.

La jungla fue haciéndose por momentos más cerrada, más espesa. Los matorrales y arbustos espinosos crecían por doquier, dificultando el avance de la montura de Robert.

Al cabo de media hora de cabalgar, el teniente llegó a un espacioso claro. La vegetación se separaba en aquel lugar a uno y otro lado, formando un círculo despejado, sólo tapizado por una corta y fina hierba. Robert detuvo a su montura y puso pie a tierra, dejando que el animal campara a sus anchas. Se encaminó luego hasta un corpulento cocotero, a cuya sombra se sentó, recostando la espalda en el tronco. Abrió el libro de rojas cubiertas, buscó un punto convencional colocado entre dos hojas y se enfrascó en su lectura.

Transcurrió una hora que al teniente, absorto en lo que estaba leyendo, le pareció un breve instante. Hizo una breve pausa. Introdujo una mano en uno de sus bolsillos, buscando un cigarrillo. Lo halló y se lo llevó a los labios. Iba a prenderle fuego cuando le

pareció oír el sordo golpear de unos cascos de caballo sobre la hojarasca, entre la espesura de la jungla. Levantó la cabeza y fijó los ojos hacia el lugar por donde el ruido procedía. Aguardó unos segundos. El inquieto trotar de un caballo se percibía ahora con toda claridad. Robert se preguntó quién podía ser. Cerró el libro y lo dejó con cuidado en tierra, junto a él. Luego esperó, entre intrigado e impaciente, la aparición del jinete.

A veinte metros escasos de donde se hallaba, las ramas de los arbustos se agitaron imperceptiblemente primero, con más violencia seguidamente, para acabar apartándose y dejando paso a una muchacha sobre una nerviosa yegua blanca. Al pisar el animal el claro en el que se hallaba Robert y no sentir bajo sus patas los obstáculos de la espesa vegetación de la selva, pasó en una décima de segundo del trote a un galope ligero, alegre, armónico.

La muchacha dejó corretear a su blanca cabalgadura algún tiempo, que fue suficiente para que el teniente pudiera examinarla detenidamente. Su cabello era rubio oro, y los movimientos de su montura se lo había desordenado de manera muy graciosa. Robert calculó su edad: no alcanzaría sin duda los diecinueve años. Iba ataviada con un bonito vestido de montar, al estilo americano. Pantalón breech y botas enterizas de color marrón. Camisa blanca, rematada en el cuello con un pañuelo rojo, completando el conjunto un sombrero de ala ancha caído sobre la espalda y sujeto con un cordón anudado.

La muchacha no se había apercebido de la presencia de Robert, y galopaba sobre su blanca yegua haciendo y deshaciendo en su carrera círculos, espirales y complicadas figuras. Al dar una cerrada vuelta, sus ojos se fijaron en el teniente y, tirando con fuerza de las riendas, detuvo a su montura. Animal y jinete formaron un grupo escultórico de singular belleza. El obediente bruto permanecía quieto, moviendo tan sólo, irregularmente, sus pequeñas orejas.

La joven tenía los ojos clavados en Robert, y éste no apartaba los suyos de ella. De repente, el teniente pudo ver cómo la graciosa amazona bajaba su mano derecha hasta la cintura. De ella pendía, sujeto en un ancho cinturón, un revólver de pequeño tamaño. La mano de la muchacha se apoderó del arma en un instante. Levantó el brazo y el cañón apuntó hacia el teniente. Todo había sido tan rápido, tan inesperado, que el oficial no acertó a reaccionar. Sonó

un disparo y luego otro. Robert notó sobre su cabeza el zumbido de los proyectiles. Quiso incorporarse y lo consiguió en parte; pero sus botas resbalaron sobre la húmeda hierba, perdió el equilibrio y cayó cuan largo era.

La muchacha dejó escapar una sonora carcajada, que en ocasión más apropiada le hubiera parecido a Robert agradable y hasta simpática, y luego, espoleando a su caballo, llegó junto al caído teniente.

—¿Se ha hecho usted daño? —preguntó con burlona sonrisa.

El oficial contempló por algunos momentos sus manos manchadas de barro. Miró a uno y otro lado, y después de alisarse el cabello, exclamó:

—Creo que no.

—¿Quiere volver un momento la cabeza?

Así lo hizo Robert. Inerte, rígida, balanceándose aún sujeta en una rama del cocotero contra cuyo tronco se había apoyado el teniente, veíase una larga y gruesa serpiente de viscoso y repugnante aspecto.

CAPÍTULO IV

ALINE

Un escalofrío recorrió la medula de Robert. Se incorporó de un salto y se apartó del ofidio, al que contempló durante unos segundos. Luego se volvió a la joven, que permanecía aún con el revólver en la mano.

—¡Gracias! —exclamó—. No sé cómo agradecerse.

—¿Se ha asustado usted? —preguntó ella.

Robert exhaló un profundo suspiro.

—He de confesar que un poco. Por un momento creí que los disparos iban dirigidos a mí.

—Lo siento —se lamentó ella, con fingida pena—. No se me ocurrió otra manera para librarle a usted de los anillos de ese gusanito.

—No tiene por qué disculparse. Yo se lo agradezco.

Siguió un largo silencio. Robert restregaba nerviosamente sus manos por las perneras de sus pantalones, mientras que la muchacha, dándose perfecta cuenta de su azoramiento, no apartaba sus verdes ojos de él, con el único objeto de desconcertarle más aún.

—De todos modos —dijo ella, rompiendo el silencio—, no estaría de más que en lo sucesivo tuviera usted más cuidado. Estas selvas están infestadas de alimañas de todas clases.

—Gracias por el consejo. Procuraré ser más cauto.

La joven contrajo ligeramente las pupilas y examinó detenidamente a Robert.

—No le conozco a usted —dijo—. ¿Pertenece a la guarnición de Palembang?

—Sí.

La muchacha echó pie a tierra y se aproximó a Robert. La blanca

yegua comenzó a corretear en todas direcciones.

—Hace tiempo que vivo en Palembang y conozco a todos los oficiales del regimiento —dijo, contemplando al teniente.

—Aún no hace un mes que llegué —aclaró éste—. Es natural que no recuerde mi cara.

—Sí, claro —exclamó ella—. Es usted amante de la soledad, según veo —prosiguió, mirando a uno y otro lado.

Por un momento Robert se turbó. Sus mejillas adquirieron insospechado color.

—No es eso precisamente —dijo con forzada sonrisa—. Me aburría en el campamento y decidí dar una vuelta a caballo.

—Hoy es sábado —manifestó la muchacha—. Los otros oficiales estarán divirtiéndose en la ciudad.

—Yo preferí no ir —exclamó en tono seco Robert.

La joven clavó inquisidoramente sus grandes ojos en los del teniente, como intentando adivinar sus pensamientos.

—Bien, bien —exclamé—. No quiero discutir sus gustos. ¿Me permite que me siente y le haga un rato de compañía?

—¡Desde luego!

Se sentaron. Siguió un nuevo silencio.

—¿Me ha dicho usted que llegó al regimiento hacía aproximadamente un mes, no? —preguntó de pronto ella.

—Así es.

—¿Conoce usted la vida en las colonias?

—Muy poco. Estuve antes en Java y en Sumbawa, pero no conseguí acostumbrarme ni al clima, ni a la manera de ser de las personas en esta parte de la tierra.

—A mí no me ocurre lo mismo —aseguró ella, rodeando sus rodillas con los brazos y levantando la mirada al cielo—. Amo a esta tierra primitiva. Me encanta el verde intenso de sus mares, la línea irregular de sus abruptos acantilados, sus junglas vírgenes, el perfume penetrante de sus madreselvas, sus gentes casi salvajes.

—Yo prefiero —exclamó Robert— las praderas de Holanda, sus molinos y sus tulipanes. Además —prosiguió, señalando a la serpiente—, allí no hay bichitos como ése.

Ambos rieron de buena gana.

—¿Es usted militar de profesión, teniente...?

—Willems —manifestó él—. Robert van Willems. —Luego

contestó a la pregunta de la muchacha—: Sí, soy militar de profesión.

—Siendo así, ¿por qué decidió venir a las colonias? No estaba obligado a ello. Las tropas coloniales están integradas única y exclusivamente por voluntarios.

El teniente bajó la cabeza hasta fijar sus ojos en el suelo. Luego exclamó:

—Me he hecho esta pregunta a mí mismo innumerables veces.

La muchacha cambió de posición. Sus ojos toparon con el libro de rojas cubiertas que Robert había estado leyendo hasta su llegada. Lo tomó.

—¿Es de usted? —preguntó.

—Sí.

—«El Condenado por Desconfiado» —leyó ella—. Es la primera vez que veo a un oficial de este regimiento leer esta clase de literatura. ¿De verdad le gusta? —preguntó.

—Claro que sí —manifestó él, sonriendo—. Si no me gustara; no lo leería.

La joven volvió a dejar el tomo en su sitio. Se encasquetó el caído sombrero y poniéndose de pie, dijo:

—He de irme, teniente Willems; es ya tarde.

—¿Me permite que Ja acompañe? —preguntó Robert, levantándose.

—Claro que sí.

La yegua blanca de la muchacha estaba paciando tranquilamente en compañía del caballo del oficial. Llegaron hasta ellos, montaron; y poniéndolos al paso, se encaminaron a Palembang. Durante el largo recorrido charlaron animadamente de muchas cosas. Robert pudo comprobar que su bella acompañante poseía una cultura esmerada. Como a él, le gustaba la buena literatura, la música clásica, y poseía extensos conocimientos sobre pintura. «Menos mal», pensó, «que he podido hallar en este apartado rincón del mundo algo más que selvas, fieras, soldados y ametralladoras».

Una hora después llegaban al campamento.

—Yo sigo hasta la ciudad —dijo ella—. Usted, si quiere; puede quedarse.

—Preferiría acompañarla hasta Palembang —manifestó él—. Si ello no la incomoda, claro.

—En modo alguno —negó la muchacha—. Su compañía me es grata.

—Muchas gracias —exclamó Robert, notando que por segunda vez sus mejillas se coloreaban más de lo acostumbrado.

No tardaron en alcanzar las primeras casas de Palembang. La joven detuvo su montura, y tendiendo la mano a Robert, dijo:

—Adiós. En lo sucesivo espero verle con más frecuencia.

—Lo mismo deseo yo —exclamó sinceramente el teniente.

La muchacha picó espuelas y se separó al trote.

—¿Cuál es su nombre, señorita? —preguntó Robert, cuando la cabalgadura de ella había recorrido ya cincuenta metros.

—Me llamo Aline —gritó la joven.

Forzando la marcha de su montura, desapareció tras un grupo de árboles.

—Adiós... Aline —dijo él en voz baja—. Hasta pronto.

CAPÍTULO V

UN COBARDE

Cuando a la tarde siguiente Robert entró en la tienda del capitán Clesse para recibir de éste las últimas instrucciones, se sentía intranquilo aunque dándose perfecta cuenta de la importancia del papel que se le había asignado, y experimentaba, a la vez, un ardiente deseo de hallarse en cualquier otro lugar.

Clesse le recibió sonriendo y le dio los postreros detalles de la operación a realizar.

—Espero poder demostrar a Caurelaert la perfecta instrucción de nuestros hombres —dijo—. Principalmente de usted depende, Willems, No olvide que tendrá constantemente fijos en su persona los ojos de todos los jefes y oficiales del regimiento. Insisto en el cuidado que debe poner al pasar la zona de minas. Procure no apartarse del itinerario marcado y vigile que los soldados no pisen ninguna. ¡Buena suerte!

Robert salió de la tienda y se encaminó hasta el lugar donde los hombres de la compañía aguardaban formados y convenientemente equipados para el supuesto táctico que iban a realizar. Al teniente le parecía que sus piernas estaban hechas de pesado plomo. Cada paso que daba le costaba un terrible esfuerzo, y a medida que avanzaba todo color iba desapareciendo de su cara. Un sargento alto y corpulento, en cuyo rostro y ademanes se adivinaba una veteranía poco común, se destacó del grupo formado por los soldados de la unidad y le salió al encuentro.

—¡«A sus órdenes, mi teniente»! —exclamó, deteniéndose a dos pasos de Robert y cuadrándose—. Está formada y lista la compañía.

—Bien... sargento —dijo el oficial—. Pueden ponerse en marcha; yo iré detrás.

El sargento dio unas órdenes con voz potente y los soldados echaron a andar. Robert volvió la cabeza. El capitán Clesse, con una sección de soldados, estaba entretenido en ir cargando varias ametralladoras sobre pequeños pero resistentes mulos. Aquellas armas debían disparar dentro de breves instantes desde la cumbre del Ubin; sus mortíferas cargas pasarían muy cerca de las cabezas del teniente y sus hombres. Robert sintió un estremecimiento por todo su cuerpo. Apartó la mirada a un lado y echó a andar siguiendo a la compañía. «No puede pasar nada», pensaba. «No hay peligro; todo es matemático». Pese a estas alentadoras reflexiones, el oficial no pudo evitar que su frente se cubriera de sudor frío.

Llegó al lugar indicado como punto de partida. Sus hombres aguardaban desde hacía algunos instantes. Recorrió con la mirada toda la ladera del Ubin. El monte era pelado, en contraste con la exuberante vegetación que lo rodeaba, sin un árbol, sin un arbusto. Un poco más arriba de donde se hallaba, unos soldados estaban colocando las cargas explosivas. Las minas formaban una media luna. Tenía que alcanzar y rebasar aquella zona. Disponía para ello de siete minutos desde el instante en que un cohete rojo diera la señal para avanzar. «Menos de siete minutos», pensó. «Cuando las minas estallen tenemos que estar ya lejos. Tenemos que poner entre las cargas y nosotros la distancia que se pueda recorrer en dos minutos, por lo menos. Disponemos, pues, de cinco minutos. Cinco minutos es poco, muy poco. Un pequeño error en la sincronización de los relojes puede ser fatal. Además, el avance debe efectuarse bajo una cortina de fuego. Las ráfagas de las ametralladoras de Clesse pasarán muy cerca de nuestras cabezas». Un segundo e involuntario estremecimiento agitó a Robert.

Sus ojos captaron entonces las formas de los mulos portadores de las armas automáticas de Clesse. Ascendían en fila india por una arista situada a su izquierda. Tardarían una media hora en alcanzar la Cumbre del Ubin. Detrás de los mulos pudo ver varios caballos montados. «El coronel», pensó. «El coronel y el resto de los oficiales».

Tenía la garganta seca, áspera. Una blanca bruma cubría sus ojos como un tupido velo, impidiéndole distinguir los objetos con claridad. A su lado el corpulento sargento fumaba tranquilamente un cigarrillo.

Transcurrió, lenta, interminable, media hora. Los mulos y los jinetes alcanzaron la cumbre. Robert vio a varios hombres moverse de un lado para otro. Preparaban, sin duda, las armas. Los soldados encargados de colocar las minas terminaron su trabajo y se alejaron.

Robert, con voz velada, fue dando órdenes. Sus hombres se colocaron sobre el terreno según las instrucciones recibidas. Todo quedó listo y dispuesto para iniciar la maniobra.

El teniente sentía un constante martilleo sobre sus sienes. Los latidos de su corazón se hicieron más rápidos, más violentos. Tomó con nerviosa mano los gemelos de campaña. Intentó enfocarlos. Sus dedos estaban torpes no se movían con agilidad.

«Un cigarrillo me tranquilizará», pensó. Abrió una pitillera. Tomó uno y se lo llevó a los labios. Quiso encender una cerilla; se le apagó. Repitió la misma operación sin resultado. La tercera vez consiguió sus propósitos. Acercó la llama a la punta del cigarrillo. De repente se oyó un ruido sordo, apagado, seguido de un agudo silbido. Finalmente, una luz vivísima brilló en el cielo, a considerable altura.

—¡La señal! —gritó el sargento.

Robert, con la cerilla encendida entre sus dedos y el cigarrillo colgando de sus labios, se quedó como petrificado. Sus ojos permanecían fijos en el lugar donde la luz del cohete había hecho su aparición. En aquel momento se esfumaban los últimos destellos. El teniente comprendió enseguida la necesidad de iniciar el avance, de comenzar la ascensión del Ubin. No había tiempo que perder; lo sabía. Las minas no tardarían en estallar, y para entonces, él y su compañía debían de haber cruzado la zona de peligro. Sus hombres, con la mirada fija en él, aguardaban impacientes sus órdenes. Desde la cumbre, el coronel, el capitán Clesse y el resto de los oficiales debían estar contemplándole también. Se imponía la urgencia de hacer algo. Su prestigio o, por el contrario, la vida de cien soldados, dependían única y exclusivamente de su decisión. Pero lo cierto fue que Robert siguió sin moverse, en la misma posición que adoptara al hacer explosión el cohete señal.

El primer sargento llegó corriendo hasta él.

—¡Mi teniente! —exclamó—. No podemos perder tiempo. Hay que avanzar.

Robert se sobresaltó. Parecía como si su subordinado lo hubiera

sacado de un profundo sueño, Se agitó, nervioso, y posó sus ojos en los del sargento.

—¿Cómo... cómo dice usted? —preguntó.

—Ha transcurrido ya un minuto, mi teniente. Debemos avanzar; es peligroso entretenerse. ¿Quiere usted que dé las órdenes?

—Sí —autorizó Robert, sin saber a ciencia cierta cuál había sido la pregunta.

El sargento gritó algo y los soldados se pusieron en movimiento. Trepaban veloces por la encrespada pendiente del monte a fin de recuperar el tiempo que la indecisión del jefe les había hecho perder. Robert marchaba en último lugar. Las ametralladoras de Clesse abrieron fuego. Varias ráfagas sucesivas pasaron con silbidos de muerte por encima de la compañía en marcha. El teniente se arrojó al suelo, escondiendo la cabeza tras una roca. Los soldados continuaron su marcha.

Transcurrieron rápidos dos minutos más. Robert consultó su reloj. Faltaba poco para que las cargas hicieran explosión. El sargento, retrocediendo unos metros, llegó junto a él.

—¡Mi teniente! —dijo—. Hay que apresurarse. Faltan dos minutos escasos.

—Ordene a los soldados que se detengan —exclamó Robert—. No podemos seguir. No hay tiempo.

El sargento abrió la boca como si no hubiera entendido bien.

—¿Detenerse? —preguntó, extrañado—. Eso no puede ser, señor. Hay que continuar. Tenemos tiempo.

—¡Cumpla lo que le he mandado! —gritó Robert.

—Pero, mi teniente, ¿sabe usted lo que esto representa? El coronel está mirando. Le arrestará a usted.

—¡Esto no le importa a nadie! —gritó nuevamente, incorporándose.

—Lo siento, teniente —dijo entonces el sargento—. Voy a hacerle un favor. —Luego, separándose de Robert, echó a correr, al tiempo que gritaba a los soldados—: ¡A la carrera!

Todos los hombres de la compañía redoblaron sus esfuerzos, y medio minuto antes del momento señalado para la explosión de las minas, llegaban y cruzaban la zona de peligro. Robert, tras una corta vacilación producida por la actitud de su subordinado, siguió a los soldados. Cruzó el terreno minado, pero antes de que tuviera

tiempo de separarse lo suficiente para ponerse definitivamente a salvo, las cargas hicieron explosión. Una llamarada impresionante avivó la deslumbradora luz del día, un estampido ensordecedor retumbó por todo el ámbito del monte, hasta ir a perderse, ahogado, entre la vegetación de la selva baja, y una inmensa nube, espesa y negra, fue a envolver a los soldados en marcha, sustrayéndolos a las miradas de los que desde la cumbre del Ubin contemplaban la marcha de la maniobra.

Robert sintió como si una mano invisible le arrancara de la tierra y lo arrojara con violencia contra las rocas situadas frente a él, varios metros más arriba. Su cabeza chocó con fuerza contra un objeto duro y contundente y perdió el sentido.

CAPÍTULO VI

LA COLERA DE CLESSE

Cuando abrió los ojos estaba echado sobre el camastro de su tienda. Varias personas se agrupaban en torno a él. Al principio, a Robert no le fue posible distinguir quiénes eran. Las imágenes se le aparecían confusas, indefinidas, envueltas en una tenue neblina. Poco a poco los objetos fueron perfilándose, adquiriendo forma, hasta que pudo, al fin, reconocer a los que le rodeaban.

La cabeza le dolía horriblemente, tenía los miembros endurecidos, agarrotados, y no recordaba bien lo sucedido. Volvió la cabeza a un lado; sus ojos se encontraron, con los del capitán Clesse. La mirada de su superior era dura, acerada. Un hombre se inclinó sobre él. Era el capitán médico del regimiento. Lo contempló detenidamente y le examinó los ojos.

—Por suerte no ha sido nada —exclamó—. Una ligera conmoción que ya ha pasado.

Robert, no sin grandes esfuerzos, se llevó una mano a la frente, cubierta por una venda de gasa. Vio entonces cómo Clesse se dirigía a la salida y abandonaba la tienda. Intentó incorporarse y lo consiguió con la ayuda que le prestaron. Se puso en pie, todo daba vueltas en torno suyo, su estómago parecía hecho de plomo macizo y sentía terribles náuseas. El módico le tendió una copa repleta de ginebra, que el teniente apuró de un trago. Luego se sentó al borde de su camastro.

Herre, el corpulento sargento de su compañía, entró en la tienda. Se detuvo un momento en el umbral y saludó militarmente. A continuación se aproximó a Robert.

—Mi teniente —exclamó—. El capitán Clesse desea verle a usted tan pronto esté en condiciones de ir a su tienda.

Robert alzó los ojos y los fijó en el sargento.

—Gracias —dijo—. Ahora voy.

Herre dio media vuelta, y se disponía a salir cuando el teniente le llamó por su nombre.

—Obró usted bien, sargento —dijo—. Gracias por todo.

—No hay de qué, señor.

Robert se encaminó a un rincón de la tienda y en un pequeño recipiente de lona se mojó la cara. Luego alisó un poco su arrugada guerrera y, encasquetándose su gorra, abandonó la tienda.

—¡Pase usted! —La voz de Clesse sonó desagradable, hosca, mal timbrada.

El capitán estaba sentado en una ligera silla de campaña. Al entrar el teniente se puso en pie y metió ambas manos en los bolsillos del pantalón. Miró fijamente a Robert unos segundos y exclamó:

—Espero de usted una explicación, teniente. ¿Qué ha ocurrido?

Robert no contestó.

—¡Le he hecho a usted una pregunta! —dijo Clesse, manifestamente enojado—. ¿Qué ha ocurrido en el Ubin? ¿Por qué retrasó usted el avance hacia el objetivo faltando a las órdenes recibidas? ¡Conteste!

El teniente se pasó una mano por la frente, como intentando barrer de sus ojos una espesa nube.

—¡No lo sé, señor! —exclamó.

—¡No lo sabe usted! ¿Pues quién ha de saberlo? Mire, teniente; le estoy dando a usted una oportunidad de justificarse y parece no entenderlo. Mi deber sería arrestarlo inmediatamente, y, sin embargo, le doy una ocasión para que explique su comportamiento.

Robert tenía el rostro demudado, pálido como la cera.

—¿Qué le enseñaron en la Academia? —prosiguió—. Clesse, cada vez con mayor violencia. —Recibió usted una orden, teniente Willems, una orden que debía cumplir a toda costa, costara lo que costara. ¿Y qué fue lo que hizo, en cambio? Sí, se lo diré. Permitir que sus hombres marcharan como borregos en vez de como soldados organizados y con un jefe consciente de sus obligaciones, exponiendo estúpidamente sus vidas. ¿Acaso no vio usted la señal convenida?

—Si... señor —afirmó Robert con voz velada.

—Pues, entonces, ¿a qué fue debido el retraso?

—No lo sé.

—¡Usted no sabe nada! —gritó Clesse—. ¿Se imagina por un momento lo que hubiera ocurrido si no consiguen trasponer la zona minada? Lo más probable sería que a estas horas estuvieran todos ustedes muertos; muertos por una imperdonable falta de capacidad de usted.

Robert no pudo por menos de acordarse del sargento Herre.

Siguió un silencio largo, embarazoso, cargado. El capitán tomó de encima de la mesa un libro grueso y lo arrojó seguidamente con marcado despecho.

—¿Por qué vino usted a las colonias, Willems? Para este servicio hay que tener temple, teniente. En Holanda tal vez hubiera llegado usted a ser un buen teórico, pero aquí, me parece que será un mal práctico. ¿Quién va a confiarle en lo sucesivo el éxito de una operación y la vida de un puñado de hombres? Nadie que tenga un poco de sentido común.

Clesse daba rápidos paseos por el interior de la tienda.

—¡Bonito papel hemos hecho todos! —exclamó, entre burlón y enojado—. El coronel está furioso contra toda la compañía, principalmente contra usted. Quería trasladarlo a servicios administrativos; yo me opuse y seguirá usted mandando tropa, Pero entiéndalo bien. En lo sucesivo no voy a tenerle la más pequeña consideración. Cumplirá usted mis órdenes con exactitud cronométrica y no se apartará una pulgada de ellas. Y si me desobedece, si noto en usted la más pequeña vacilación o el más nimio síntoma de incapacidad, tendrá que habérselas conmigo. No lo olvide.

—Sí, mi capitán —repuso Robert—. Lo tendré presente.

—Eso espero.

El teniente salió de la tienda; anocheecía. A lo lejos la tierra azafranada del Ubin brillaba con los postreros destellos del sol, oculto entre nubes rojas como la sangre. Alguna palmera gigantesca rompía la línea superior de la jungla, recta y monótona. El cielo hacia Poniente se cubría de llamas.

CAPÍTULO VII

UN PASEO A CABALLO

Transcurrió una semana durante la cual Robert, siempre vigilado por Clesse, cuyos ojos no se apartaban un instante del teniente, fue llevando a cabo a la perfección los servicios que le fueron encomendados.

En los días siguientes a la maniobra táctica de monte Ubin, la falta de Robert fue comentada por los oficiales del regimiento hasta la saciedad. Lode, principalmente, no desaprovechaba ocasión de hacer al teniente blanco de sus encubiertas burlas. Robert soportó pacientemente las ironías de que fue objeto sin pensar siquiera en rebelarse contra todo aquello.

Un día en que se hallaba en su tienda echado sobre su camastro y sumido en hondas reflexiones, le notificaron que una señorita preguntaba por él. Efectivamente, fuera de los límites del campamento, a la sombra de un corpulento árbol, vio a una joven montada en un caballo blanco. La reconoció en el acto: era Aline.

Se aproximó a ella; la muchacha sonreía.

—Buenos días, teniente —saludó.

—Buenos días, Aline —correspondió él—. Ya comenzaba a pensar que había abandonado usted Sumatra.

La joven dejó escapar una argentina carcajada. Luego preguntó:

—¿Está usted libre de servicio?

—Sí.

—¿Quiere acompañarme a dar un paseo?

—Con mucho gusto.

Robert se alejó, regresando poco después montado sobre su caballo.

Pusieron los animales al paso y se internaron en la selva.

Guardaron silencio algunos minutos, enfrascándose luego en conversaciones diversas. Hablaron de literatura, del estado del tiempo, de la guerra, de las escasas diversiones que en Palembang era posible hallar y de otros muchos y variados temas.

—¿Desde cuándo vive usted en Sumatra? —preguntó Robert a la joven.

—Desde hace más de cinco años. Llegué a la isla siendo aún una niña. Anteriormente vivía en La Haya. Mi padre fue destinado a Sumatra y mi madre y yo vinimos con él.

—¿Destinado? —preguntó, extrañado el teniente—. ¿Es acaso su padre de usted funcionario público?

Aline contempló fijamente a Robert; luego respondió:

—Pues... sí. En realidad, es funcionario público.

—¿Del Ministerio de Colonias?

—No. Es militar.

—Está en Palembang, acaso.

—Sí.

—¿En el... regimiento?

—Sí.

Robert volvió la cabeza hacia adelante y fijó los ojos en un punto indefinido. Sin mirar a la muchacha, preguntó:

—¿Puedo saber su nombre?

En los labios de Aline se dibujó una divertida sonrisa.

—¡Naturalmente! —exclamó, al fin—. Se llama Jan van Caurelaert.

Una violenta sacudida estremeció a Robert. Sin darse cuenta exacta de lo que hacía, tiró de las riendas de su caballo. El animal se encabritó, levantando al aire sus patas delanteras, para acabar quedándose quieto como una estatua de bronce.

Aline detuvo también a su montura, si bien con menos brusquedad que la empleada por el teniente, y se quedó contemplando a su acompañante.

—Luego, es usted la hija del coronel —exclamó Robert, aturdido.

—Eso es.

—¿Por qué no me lo dijo el otro día?

—Usted no me lo preguntó.

—La excusa es mala —dijo Robert, con agrio gesto.

Aline sonrió, conciliadora.

—No vayamos a pelearnos por este insignificante detalle —pidió, haciendo un gracioso mohín—. No creo que en el fondo le moleste que sea la hija de su coronel.

—¡No, claro que no! —aseguró él—. Pero hubiera sido mejor que me lo hubiese dicho. Los oficiales incurrimos a veces en pequeñas faltas de subordinación y respeto. ¿Qué hubiera ocurrido si a mí se me ocurre criticar a su padre?

—Pues... me hubiera hecho mucha gracia —aseguró ella, sin dejar de sonreír.

Robert se dio por vencido.

—Usted gana —dijo.

Llegaron junto a un estrecho y poco profundo riachuelo. Desmontaron y se sentaron sobre el tronco de un añoso árbol, al que un furioso ciclón o una certera chispa eléctrica habían abatido.

—¿Suele usted pasear sola por la selva? —preguntó él.

—Sí. Casi a diario.

—Es peligroso.

—No tanto como la gente se imagina —aseguró Aline—. La jungla es peligrosa, efectivamente, para el que la desconoce. Pero si uno se habitúa a ella, si aprende a distinguir los animales dañinos de los que no lo son, y, sobre todo, si sabe orientarse en medio del terrible laberinto de su vegetación, no es probable que sufra daño alguno. En cinco años que hace que llegué a Sumatra, y concretamente a Palembang, he explorado, sola la mayoría de las veces, muchas leguas de selva virgen, sin que jamás me haya visto en un aprieto serio.

—Y su padre —preguntó Robert—, ¿está conforme con estas correrías de usted?

—Al principio las desaprobaba y se enfadaba mucho si me alejaba demasiado de Palembang. Pero con el tiempo ha ido acostumbrándose. Sabe que mi puntería es certera y confía en mí.

Robert cortó un junco que junto a él crecía y se puso a mordisquearlo distraídamente.

—Es usted una mujer valiente —exclamó.

—No, no lo soy —aseguró ella—. Con frecuencia me asusto de la presencia de un simple ratón. Y, dígame —prosiguió—. He oído decir que en las maniobras de la pasada semana en el monte Ubin

hubo un oficial, un teniente, según creo, que al parecer perdió un poco el dominio de sus nervios. Dicen que tuvo miedo. Algunos aseguran que se portó como un cobarde. ¿Lo conoce usted?

El rostro de Robert había adquirido un color ceniciento, negruzco. Sus ojos estaban húmedos y brillantes.

—Sí, le conozco —exclamó en un susurro.

—¿Y es verdad lo que de él dicen?

Robert se incorporó de un salto, y con las pupilas dilatadas y la mirada extraviada, gritó:

—¡Claro que es verdad! ¡Se portó como lo yutes, como un auténtico cobarde! ¡Como un despreciable conejo! Tuvo miedo, ¿entiende? Un invencible miedo que le dominó por completo, anulando su pobre voluntad. —Su voz era incierta, temblona, con timbres de desesperación y mal contenida ira—. La idea de la muerte le aterró como a una mujerzuela histérica. ¡Es un miserable!

Aline se incorporó, como mordida por una serpiente. Su rostro estaba demudado y un rictus de desprecio deformaba sus rojos labios. Clavó con fuerza sus grandes ojos en los de Robert y exclamó.

—¡Basta va! ¡Cállese usted! ¿Cómo se atreve a hablar así de un compañero? ¡Lo que acaba de decir es lo más ruin y despreciable que jamás he podido oír! Quisiera que se contemplara en un espejo. Todo su ser está alterado por la pasión. ¡No es usted quién para juzgar los actos de los demás! Me he equivocado. Lo imaginé a usted de manera muy distinta.

De un ágil salto la muchacha subió sobre su caballo, y picando espuelas se alejó de Robert. Éste se dejó caer sobre el derribado tronco y escondió la cabeza entra las manos.

CAPÍTULO VIII

REUNIÓN IMPORTANTE

Al día siguiente el coronel Caurelaert reunió, en una amplia tienda en donde tenía instalado su puesto de mando, a todos los oficiales de la guarnición. El jefe del regimiento lindaría los cincuenta años. Era alto, ancho de espaldas y de rostro alargado y enjuto. Un espeso y largo bigote gris proporcionaba a toda su persona un aire de gran prestancia y autoridad. Sentado junto a una mesa sobre la que se veía extendido un detallado mapa de Sumatra y sus islas adyacentes, fue contemplando con inquisidores ojos a todos y cada uno de sus oficiales. Al entrar Robert, sus pupilas se contrajeron visiblemente, como queriendo concentrar sobre él toda la fuerza de sus condiciones de buen observador. El teniente notó sobre sí fija la mirada de Caurelaert, y se revolvió, nervioso.

—Señores —dijo, cuando el último de los llamados hubo entrado—, les he convocado para darles cuenta exacta de nuestra situación. La situación internacional hace prever un posible conflicto entre lo Estados Unidos e Inglaterra de un lado, y el Japón del otro. Si la guerra estallara, es casi seguro que el ejército japonés intentara adueñarse con la mayor rapidez posible de las posesiones anglosajonas en el Pacífico, al menos de aquéllas más próximas a su metrópoli. Si tal cosa sucediera, el Alto Estado Mayor holandés opina, fundadamente, que los nipones considerarían de vital importancia estratégica para el dominio del Océano las Indias holandesas. Claro está —prosiguió— que falta saber si aún en el caso de que llegaran a esta conclusión, se decidirían a atacarlas, pero ante esa eventualidad, nuestra obligación es mantenernos en continua alerta y no descuidar un solo instante la preparación y la instrucción de nuestros hombres. En este sentido he recibido

órdenes concretas del Estado Mayor de la División. Por lo que a ustedes se refiere, sé que son buenos oficiales todos, y no dudo que si el momento llegara sabrían cumplir con su deber aun a costa de los mayores sacrificios.

A Robert le pareció que los acerados ojos del coronel se posaban un momento, de paso, en su persona.

—La acción contra la isla podría iniciarse por cualquier punto de sus costas. La escuadra japonesa es poderosa y alcanzaría sin grandes dificultades el lugar que se propusiera —prosiguió Caurelaert—. La misión de rechazar a los posibles invasores y procurar que los desembarcos que realicen fracasen plenamente, corresponde a las tropas distribuidas en los lugares reputados como de fácil acceso. La nuestra se concreta, en el caso de que los japoneses consigan asentarse en Sumatra, impedir a toda costa que se adueñen de la región petrolífera de Palembang, cuya defensa nos ha sido encomendada. Los japoneses necesitan nuestro petróleo y no repararían en medios para apropiárselo.

Los oficiales escuchaban con atención creciente las explicaciones del coronel.

—Desde mañana —prosiguió éste— quiero que se intensifique la instrucción de los soldados, que se revise todo el material de la unidad, supliendo las faltas que pudieran encontrarse; que se examinen las defensas de Palembang, nidos de ametralladoras, asentamientos de morteros y cañones, etc., etc., y, sobre todo, que se refuerce la vigilancia en torno a tales dispositivos. Tengo noticias ciertas de que los japoneses vienen desplegando desde hace tiempo una intensa campaña propagandística entre la población nativa de las Indias holandesas. Se valen de mil medios distintos, entre ellos, de agentes chinos, malayos o birmanos. Dichos agentes han conseguido formar algunos grupos de hombres que se lanzarían a la lucha de guerrillas tan pronto se lo ordenaran. Conocen perfectamente la selva hasta su más recóndita senda, y pueden caminar con relativa facilidad por la jungla más abigarrada y por sitios que a nosotros nos sería poco menos que imposible cruzar. Trepan a los árboles con la ligereza de los monos y son capaces de esconderse, agazapados, esperando la aparición de su presa, en lugares donde no se ocultaría un conejo. Aunque utilizan con asombrosa habilidad toda clase de armas blancas, últimamente han

ido recibiendo de contrabando fusiles y ametralladoras, lo cual podría causarnos serios disgustos. Sabemos que una de las consignas que tienen para cuando llegue el momento es atacar y destruir nuestros sistemas defensivos, para allanar con ello el camino de las tropas japonesas. El mayor Robertson —concluyó el coronel— ha sido designado por mí para dirigir e inspeccionar el nuevo plan que desde mañana emprenderemos. Esto es todo por hoy, Ya sé les darán a usted instrucciones concretas.

Los oficiales abandonaron la tienda, comentando de mil maneras distintas las palabras de Caurelaert, Marchaban en grupos de dos o de tres hombres. Únicamente Robert caminaba solo, en último lugar, sin más compañía que la de sus reflexiones, un tanto amargas.

Penetraron todos en la tienda del teniente Lode. Un minuto después salían provistos de media docena de finas espadas; buscaron un lugar protegido de los rayos del sol y se desposeyeron de sus guerreras y gorros. Robert, a cierta distancia, los contemplaba asombrado, sin saber exactamente en qué iba a terminar todo aquello.

Lode desenvainó una espada y, adoptando una postura apropiada al caso, dirigió contra la dura corteza de un árbol varias fintas. Luego, colocándose una careta protectora, preguntó:

—¿Quién quiere ser el primero?

Un teniente se adelantó y se equipó convenientemente. Se cruzaron las espadas, produciendo un tintineo frío, metálico. Hicieron algunos pases preliminares, tanteándose mutuamente, en espera uno y otro de una distracción del contrario. La espada de Lode se deslizaba a lo largo de la de su contrincante en incesante choque. Llegó el momento; el agresivo teniente, rápido como el pensamiento, deslizó su arma, cedió momentáneamente terreno, que recobró al instante, y con la punta de la espada a la altura del pecho de su adversario, extendió el brazo a todo lo largo.

—¡Tocado! —exclamaron varias voces a un tiempo.

—Eres único, Lode —aseguró Ter, entusiasmado—. Quiero probar, no obstante, suerte contigo.

Se cruzaron las espadas. Segundos después el obeso teniente había sido desarmado por su adversario. Siguieron otros con idéntico resultado. Lode, al parecer, era invencible.

—¡Eh, Robert! —gritó entonces Ter, reparando en el solitario oficial—. ¡Aproxímate!

CAPÍTULO IX

UNA LECCIÓN DE ESGRIMA

El teniente avanzó lentamente hacia el grupo formado por sus compañeros. Todos los ojos estaban fijos en él y pudo notar en los labios de la mayoría un rictus de burla. La graciosa figura de una hermosa yegua blanca se perfilaba en el lindero de la selva próxima, recortándose sobre el intenso verdor de la jungla. Robert no pudo reprimir un movimiento de sobresalto. Aline había presenciado los rápidos y sorprendentes triunfos de Lode.

—¿Quiere usted medirse con el indiscutible campeón? —preguntó el capitán Clesse, que había presenciado también los sucesivos desafíos.

—No, mi capitán —exclamó Robert—. Lode no me perdonaría que le arrebatara su precioso título.

Una risotada brotó de las gargantas de algunos oficiales. El teniente, con las manos unidas a su espalda, parecía indiferente a las burlonas carcajadas de sus compañeros.

—¡Vamos, Robert! Toma una espada y crúzala con la de Lode —pidió Ter.

—No hay peligro alguno —exclamó otro—. Ves, esta careta protege la cara, y las puntas no están demasiado afiladas.

—Si te hicieran un rasguño, en la enfermería te lo desinfectarían bien —añadió un tercero—. Te dejarían como nuevo.

Todos los concurrentes no ocultaban su manifiesta intención de volcar el ridículo sobre Robert y hacer más amarga con sus risas la humillación que le pronosticaban. Y de esta manera continuaron ininterrumpidamente las burlas y pullas que de todas partes llovían sobre el paciente teniente.

—Lo que hace un momento has dicho —exclamó entonces Lode

— es una incalificable fanfarronada. No es por temor a arrebatarme el título, según has manifestado, por lo que te niegas a batirte conmigo, sino por una clase de temor muy distinta.

—¡Cállese usted! —ordenó, imperioso, Clesse. Luego, dirigiéndose a Robert le tendió una espada desnuda y una careta—. ¡Tome esto y prepárese!

Los ojos del capitán se clavaron con fuerza en los del teniente. Éste tomó lo que se le ofrecía y arrojó la careta al suelo.

—No me hará falta —aseguró.

Una segunda carcajada, más fuerte que la anterior, acogió las palabras de Robert, que, con desesperante calma, se entretenía en librarse de su guerrera.

Un momento después ambos hombres estaban frente a frente, dispuestos para el combate. A una señal de Clesse las hojas resbalaron y retiñeron ligeramente una contra otra.

Lode, decidido a terminar rápidamente para poner de manifiesto la franca inferioridad de Robert, le atacó con un ímpetu y un vigor que parecían irresistibles. Pero su contrincante lo resistió a pesar de todo, produciendo la primera sorpresa entre los espectadores. Lode comenzó a descargar con inusitada furia una larga serie de estocadas y fintas que fueron invariablemente detenidas o desviadas por Robert.

Lode se dio cuenta de que, aun cuando llegara a triunfar al final, cosa que aún no dudaba, ya no podría conseguir aquella aplastante victoria con que había contado. Su astuto oponente le había resistido ya demasiado tiempo, y entré los espectadores notaba un silencio de admiración hacia Robert, que le humillaba. Comenzó a utilizar artimañas, tales como exclamaciones, gritos y golpes de pie, a fin de engañar a su contrario y hacerle tomar un ataque falso por el verdadero. Pero Robert no cayó en ninguna de aquellas trampas. Antes al contrario, fue afianzándose más y más, hasta conseguir dejar la defensa empleada basta entonces y lanzarse a un decidido ataque.

Lode comenzó a perder terreno, acosado sin tregua por las seguras y precisas fintas de su adversario. Su respiración comenzaba a ser jadeante, sus músculos perdían elasticidad. Por el contrario, Robert daba la sensación de hallarse relativamente fresco. Al arrojar éste la careta protectora, su rival, había hecho lo propio con la

suya: sus ojos despedían un rencoroso brillo.

Robert combatía con una maestría desconocida hasta entonces por los que contemplaban atónitos el desenvolvimiento del combate. Los ataques de Lode se estrellaban una y otra vez contra su cerrada defensa, mientras que su espada iba abriendo poco a poco la de su contrincante. Éste, falto de resuello, descorazonado y casi extenuado, intentó una acción desesperada. Olvidando las más elementales reglas de precaución, se lanzó a fondo, apoyando la mano izquierda en el suelo. La espada no llegó a su objetivo, pero, en cambio, salió despedida por los aires, arrancada de su mano por una hábil maniobra de Robert.

Lode se incorporó lentamente con la vista fija en su compañero de armas, que sonreía con marcada ironía.

—Me habían dicho que eras un maestro en esgrima —dijo éste— y ahora resulta que no eres más que un simple aprendiz. Recoge la espada.

El teniente tomó el arma caída y se lanzó a un nuevo y brioso ataque. Los escasos segundos que duró la interrupción de la lucha le había proporcionado nuevas energías, y con su empleo intentó conseguir un golpe de suerte que pusiera fin a la pelea. Pero todo fue en vano. Un minuto después Robert había acorralado a Lode junto a un árbol, y tras unos golpes de tanteo abatió la guardia de su oponente, y lanzándose a fondo, plantó en su pecho la punta de su arma, basta el botón de detención, produciéndole un superficial desgarró.

—¡Tocado! —clamaron los espectadores.

Lode apoyó la espalda contra el tronco del árbol, dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y jadeó con fuerza. En sus brillantes ojos se leía la sorpresa y el desconcierto. Quiso hablar, pero no pudo; la pasión le ahogaba.

Robert dirigió la mirada hacia el lugar donde momentos antes viera a Aline. La muchacha obligó a su montura a dar media vuelta y se alejó velozmente. Poco después había desaparecido. Entonces se aproximó a su vencido rival, sin hacer caso de las felicitaciones que por todas partes le llovían, y encarándose con él, dijo:

—Será mejor que vayas a la enfermería a que te vea el médico. Deben desinfectarte ese rasguño.

CAPÍTULO X

UN SALTO PELIGROSO

El nervioso caballo de Robert avanzaba sorteando hábilmente los numerosos obstáculos que se interponían en su camino. El sol caía sobre, las copas de los árboles de la selva como un torrente de plomo fundido. El noble bruto chorreaba sudor por todo su cuerpo, proporcionando a su negro pelo un tono brillante y lúcido. El teniente, en mangas de camisa y calzando altas botas sobre un claro pantalón de montar, iba examinando detenidamente las construcciones de piedra, cemento y acero que constituían parte del sistema defensivo de Palembang. La tupida vegetación de los trópicos había cubierto casi en su totalidad las obras realizadas en aquella zona, ocultándolas entre aquél, océano de ramas, troncos retorcidos y hojas secas.

«Mejor es así», pensó Robert. «La Naturaleza ha conseguido un perfecto enmascaramiento».

Su montura se encabritó. Bajo las patas del animal se había deslizado una gruesa serpiente negra. Poco después, con la fusta, aplastaba una gigantesca araña prendida en un arbusto. Una bandada de raros pajarraeos pasó sobre su cabeza emitiendo estridentes graznidos. Robert echó hacia, atrás su gorro militar y enjugó su húmeda y ardiente frente. Respiró con fuerza aquel aire impregnado de mil perfumes distintos, penetrantes, intensos, y espoleando a su caballo siguió su camino.

Ateniéndose al nuevo plan trazado por el jefe del regimiento, el capitán Clesso le había ordenado inspeccionar las defensas de la parte norte de la ciudad. Había empleado en su cometido toda la mañana. Al mediodía se detuvo junto a un pequeño riachuelo de aguas limpias y rápidas, y después de dejar en libertad a su

montura, se había sentado sobre una piedra y dado buena cuenta de sus provisiones. Por la tarde prosiguió su trabajo. En aquel momento estaba dando cima al servicio que se le había encomendado.

Para Robert comenzaba a adquirir un valor todo aquel desconcertante silencio de la jungla. El misterio, el apasionante misterio de las selvas sin fin se le iba metiendo lentamente en el alma. El espíritu verde de aquellas tierras le proporcionaba una plácida languidez, comparable a la dulce serenidad de las praderas de Holanda. El perfume de sus exóticas flores, sus siempre desconocidos rumores, el ligero vaivén de los juncos que bordeaban sus ríos y el cantar siempre distinto de sus aves, allá lejos, en los árboles, eran, cosas en las que el teniente comenzaba a fijar, por primera vez, su atención.

Emprendió el camino de regreso al campamento. Había recorrido escasamente un par de kilómetros, cuando un ruido que procedía de su derecha le detuvo. Escuchó con atención. Era el son confuso que producen los cascos de varios caballos al trote. Fijó su mirada en el lindero próximo de la selva, y poco después vid aparecer a varios jinetes. Los recién llegados se apercibieron enseguida de su presencia y corrieron hacia él.

Robert reconoció enseguida a los que se aproximaban. Clesse y dos capitanes más. Ter, en compañía de varios tenientes, y en último lugar, cerrando la marcha, Lode y Aline.

—¡Hola! —saludó Ter—. ¿Podemos saber qué haces por aquí tan solo?

Sin contestar a la pregunta que el obeso teniente le había dirigido, Robert saludó militarmente a Clesse e informó:

—He inspeccionado toda la parte norte de la ciudad, señor. He tomado buena nota de las deficiencias que he observado. Los nidos de ametralladoras, principalmente, están en muy mal estado.

—Está bien, Willems —exclamó Clesse—. Ya hablaremos luego de ello.

En aquel momento Aline llegaba acompañada de Lode.

—Buenas tardes, teniente —dijo con forzada sonrisa.

Robert se llevó la mano a la gorra.

—Buenas tardes, señorita —correspondió.

Clesse propuso dirigirse hacia el campamento. El sol comenzaba

a descender en su carrera, aproximándose más y más a la línea del horizonte. Antes de una hora la selva estaría envuelta en tinieblas, y las sombras asustaban a los caballos. Pusieronse en camino. Abrió la marcha Clesse, en compañía de los capitanes. A continuación siguieron Ter y los tenientes. Algunos metros más atrás, Aline y Lode. Cerraba la marcha Robert solo.

Cabalgaron largo rato sin interrupción, enfrascados todos en sus conversaciones. Únicamente Robert, alejado de los demás, permanecía callado. Aline volvía de vez en cuando la cabeza para fijar sus ojos en el teniente, cuya figura, al avanzar el crepúsculo, iba haciéndose por momentos más incierta.

De repente, los que iban en cabeza se detuvieron. Una ancha y profunda grieta en el suelo cortaba el camino.

—¿Dónde está el puente? —preguntó Ter.

—Ha desaparecido —exclamó Clesse—. Una ráfaga de viento se lo habrá llevado. Aquí aún hay restos de cuerdas.

Efectivamente, atados a sólidas estacas, veíanse algunos cabos rotos.

—¡Ya podrían asegurar mejor esas tablas! —se quejó Lode.

—¿Qué hacemos? —preguntó un teniente.

—No hay más remedio que retroceder —opinó otro.

—Daremos un gran rodeo —aseguró un tercero—. Emplearemos más de tres horas para llegar al campamento.

Se sucedieron las opiniones de unos y otros sobre el partido a tomar. Sólo Robert seguía callado. Inclinado ligeramente sobre el cuello de su caballo, esperaba la decisión de sus compañeros.

—Esta grieta no es muy ancha —dijo entonces Aline—. Los caballos podrían saltarla con relativa facilidad. Mide tan sólo cuatro o cinco metros. Además, este margen es algo más alto que el opuesto; ello facilitaría el saltó.

—Es peligroso —opinó Lode.

—A mí me parece lo mismo —dijo Ter.

De repente Aline espoleó a su caballo y retrocedió unos metros. Dio media vuelta y se lanzó a la carrera en dirección al barranco. Llegó al borde de la sima el noble animal se apoyó con fuerza en las patas traseras, y proyectando el cuerpo hacia adelante, se lanzó al espacio. Un segundo después llegaba al otro lado. Había conseguido los propósitos de su dueña.

Un grito de admiración brotó de todas las gargantas. Luego se hizo un gran silencio. Clesse fue el primero en romperlo.

—¡Adelante! —gritó.

Y realizando la misma operación que la muchacha, cruzó el barranco.

El resto de los oficiales le siguieron con entusiasmo, y poco después todos habían alcanzado la margen opuesta. Todos menos Robert, que, pálido como la nieve, tenía los ojos clavados en la profunda sima.

—¡Salte usted, Willems! —gritó Clesse—. Le estamos esperando.

El teniente espoleó a su caballo, pero cuando el animal llegó a escasa distancia del barranco, tiró con fuerza de las riendas y lo detuvo en seco.

—Pero ¿qué hace usted? —preguntó Clesse—. Salte de una vez. No hay peligro alguno.

—Al espadachín le falta ánimo —comentó Lode, en son de burla.

Aline contemplaba a Robert con extraña expresión, sin acabar de comprender la actitud del teniente.

«¿Por qué no salta?», se preguntaba —«El caballo le obedece bien. ¿Qué espera?». De repente lo comprendió todo. Robert tenía miedo. Sus labios ahogaron un gemido que brotó desgarrador de su garganta. ¿Era aquello un acto de cobardía? Posiblemente sí. Un acto de cobardía similar al de aquel oficial en el monte Ubin. ¡Robert días antes lo había insultado con los más crueles y despiadados calificativos! Aun recordaba la expresión del teniente en aquella ocasión. Su demudado rostro, sus ojos enrojecidos, el temblor de su voz... ¿Cómo pudo censurar una acción que ahora él repetía con toda su desagradable crudeza? Sólo existía una explicación: Robert y aquel oficial eran una misma persona.

Mientras tanto, el teniente, desde el otro lado del barranco, había hecho numerosas tentativas para cruzar la sima, pero otras tantas veces detuvo su montura cuando ésta parecía ya decidida a intentar el salto. El animal se movía inquieto de un lado para otro, y en el deseo de reunirse con sus compañeros, intentaba en vano librarse del hierro que le hería la boca.

—¡Vamos, Willems —gritó nuevamente Clesse— decídase de una vez!

Pero Robert no sólo no atendió las palabras del capitán, sino

que, obligando a su montura a dar media vuelta, se alejó al galope, perdiéndose poco después entre la espesura.

Entonces sucedió algo imprevisto. Aline retrocedió unos metros, orientó a su caballo de cara al barranco, apretó las piernas con fuerza con los flancos del noble bruto y alzó los talones para picar espuelas. Clesse había ido siguiendo con la mirada los movimientos de la muchacha.

—¡Deténgase! —gritó, horrorizado—. Desde aquí no cruzará usted el barranco. Este lado es más bajo.

Era ya tarde. Azuzado el animal por la mordedura de las espuelas, se lanzó a una loca carrera. Llegó al borde mismo de la sima, se detuvo un momento, una décima de segundo, alzó las patas delanteras, y apoyando todo el peso de su cuerpo sobre las traseras, se lanzó hacia adelante. El margen opuesto era algo más alto. Los cascos del caballo alcanzaron; la tierra firme y en ella se clavaron con fuerza. Algunas piedras rodaron pendiente abajo. Por un momento pareció que el animal iba a despeñarse por la profunda sima. Pero pudo conseguir pronto el equilibrio. Afianzó los cascos de las patas de atrás en la blanda tierra y hábilmente gobernado por Aline se lanzó al galope hacia la selva.

Los últimos destellos del sol se elevaban sobre el horizonte. Las nubes, como ascuas vivas, cubrían el firmamento. El oscuro manto de la noche iba lentamente extendiéndose sobre la selva.

CAPÍTULO XI

UNA FIESTA INTERRUMPIDA

Aline mantuvo a su caballo al galope en tanto el terreno por el que avanzaba se lo permitió. Luego la vegetación fue haciéndose más espesa, más abigarrada, y la muchacha puso a su montura al paso. Las ramas bajas de los árboles se entrecruzaban sobre el camino. Aline cabalgaba agachada, echada materialmente sobre el cuello del caballo, apartando con las manos los obstáculos que se interponían en su carrera.

Se detuvo. Escuchó con atención. Hasta ella llegó indistinto y claro el son de unos cascos de caballo a escasa distancia, cincuenta metros a lo sumo. Forzó la marcha. La luz de la luna se filtró entre el enramaje de los árboles iluminando con su débil claridad la senda por la que cabalgaba. Una forma en movimiento apareció de pronto frente a ella. La reconoció enseguida. Espoleó a su montura. Robert, pues de él se trataba, se detuvo y volvió grupas. Al reconocer a la muchacha desmontó y aguardó con las riendas en la mano a que llegara hasta donde se hallaba.

Aline desmontó también y se aproximó a paso lento, indeciso. Se miraron largo rato en silencio. La obscuridad impidió que la joven se apercibiera del intenso rubor que cubría las mejillas del teniente.

—¡Robert! —exclamó la joven—. Perdóneme usted por mi necio comportamiento del otro día.

—No piense en ello —pidió él—. Ahora ya sabe usted quién era aquel oficial. Lo celebro en parte.

—Creo que concede usted importancia a una cosa que no la tiene. Cruzar aquel barranco de un salto de caballo era una imprudencia. Ahora me pregunto por qué lo hicimos. Podía habernos costado caro. Usted es el único sensato de todos, y el ser

prudente y sensato no es un defecto.

Robert se pasó una mano por la trente.

—Difícilmente podría usted hallar una excusa para mi comportamiento en el monte Ubin. Le agradezco su buena intención, pero no tengo disculpa alguna. ¡Soy un cobarde!

—No, Robert —exclamó ella, aproximándose más al teniente—; usted no es ningún cobarde. Ignoro con detalle lo sucedido en las maniobras del otro día, pero estoy segura que su falta no fue grave. Es usted excesivamente cauto, precavido, pero nunca un cobarde. Lo demostró ampliamente dándole una lección de esgrima a Lode, el terror de los espadachines del regimiento.

—Aquello fue muy distinto, Aline —dijo él—. Aquellas espadas no podían causar ningún daño. Un simple rasguño como máximo. Eran de entrenamiento, de prueba; el botón de detección impide que penetren más de un centímetro. Yo lo sabía y por ello no demostré temor alguno. Si hubieran sido de combate, si hubiese existido la más pequeña posibilidad de que Lode me atravesara de parte a parte jamás hubiera luchado, y en caso de hacerlo, me habría temblado la mano de tal forma que Lode, en pocos segundos, se hubiera hecho dueño de la situación. No puedo evitarlo, es superior a mis fuerzas y a mi voluntad. Tengo miedo a la muerte.

La muchacha tomó entre las suyas una mano de Robert.

—Usted lo cree así —dijo—. Todos lo creen; pero yo, no.

Sintió él sobre su mano el suave contacto de la piel de Aline y alzó los ojos hasta los de ella.

—¡Gracias! —exclamó—. Dios quiera que tenga usted razón.

Montaron sobre sus respectivos caballos y, lo más rápidamente posible, se encaminaron hacia Palembang. Cuando llegaron al campamento había anochecido ya por completo. La luna llena, deslumbradora, prendida en la inmensidad del firmamento, arrojaba sobre la tierra una cascada de plata.

Robert acompañó a la muchacha hasta la entrada de la ciudad. Se despidieron.

—Hasta pronto —dijo ella, tendiéndole la mano—. Y, por favor, procure vencer el poder de esa idea fija que le obsesiona constantemente.

—Haré cuanto pueda —prometió él.

—¿Me permite que le haga una pregunta? —interrogó Aline, sin

soltar la mano de Robert.

—Desde luego.

—¿Por qué vino usted a Sumatra?

El teniente guardó silencio durante un largo rato. Al fin, con voz en la que vibraba una profunda tristeza, exclamó:

—Ésa... es una historia larga de contar.

—No quiero insistir. ¡Adiós! —La muchacha se alzó sobre los estribos de sil silla, y acercando su rostro al de Robert, le besó en la mejilla. Luego, picando espuelas, desapareció en la noche. Fue todo tan rápido, tan inesperado, que el teniente no supo reaccionar. Como una estatua de mármol contempló cómo Aline se alejaba hacia Palembang. Luego volvió grupas y se encaminó al campamento. Una dulce sensación invadía todo su ser, y en lo más íntimo de su alma le pareció que algo había muerto, dando paso a una fuerza nueva, pujante e irresistible.

—No te comprendo, Robert —exclamó Ter, irritado—. Eres un tipo raro. Tienes ocasión de pasar una tarde agradable en casa del coronel y prefieres quedarte encerrado en esta sucia tienda devorando libro tras libro. Tienes un concepto muy especial de lo que es la vida. En casa de Caurelaert hay buena cerveza y mejor ginebra, asistirán muchachas bonitas con las que podremos bailar cuanto queramos y oír nuestras reconocidas cualidades de irresistibles conquistadores; ¿no le das valor a todo esto?

—Es que... —comenzó Robert.

—¡No, no acepto excusas! —gritó el obeso teniente, atajando a su compañero—. No quieras escurrirte. Lo que pretendes hacer es inalcanzable. Todos hemos sido invitados, pero cualquiera de nosotros daría gustoso su mano derecha para poder estar en tu lugar. Aline en persona me ha rogado que insista para que no faltes. ¿No comprendes lo que ello significa, cabezota? Aline tiene interés en que vayas. ¡Por algo será! Y tú me replicas diciendo que prefieres quedarte aquí a desempolvar esta montaña de librotos viejos que cualquier día voy a arrojar al río.

—¡Está bien, hombre, está bien! —replicó Robert—. No te enfades por tan poca cosa. Iré, ya que lo deseas.

—De acuerdo —convino, satisfecho, Ter—. Pero escúchame bien. Como permitas que ese fanfarrón de Lode te pise el terreno, tú ya me entiendes, vamos a tener un disgusto muy serio.

Robert rió de buena gana.

—No te preocupes —exclamó.

Ter tomó de encima de la mesa de la tienda compartida por ambos una botella de ginebra. Llenó un vaso hasta los bordes y lo vació de un trago.

—Ese baile que Aline ha organizado —dijo, echándose sobre su camastro— puede que para vosotros sea una diversión. Para mí es casi una necesidad. El ejercicio rebaja mis grasas.

Cuando aquella tarde Robert llegó a casa de Caurelaert, la fiesta estaba ya muy avanzada. En el breve espacio de tiempo transcurrido desde que el teniente pulsara el timbre de llamada hasta el momento en que la puerta se abrió, un cúmulo de dudas, temores y recelos asaltaron su ánimo.

No había vuelto a ver a la muchacha desde el día del incidente acaecido con motivo del paso del barranco e ignoraba cuál sería la actitud de ella. Tenía vivo en la imaginación el momento en que, incorporándose sobre la silla, le había besado fugazmente, y ello le sumergía en un mar de desazón.

La puerta se abrió y apareció en su marco la graciosa figura de la hija del coronel.

—¡Hola, Robert! —saludó la muchacha—. Empezaba a creer que ya no vendría usted.

—Le ruego me perdone. Es que...

—No tiene por qué darme excusa alguna, teniente. Sé lo muy atareado que está usted siempre.

A Robert se le hizo un nudo en la garganta. La ironía de Aline le mortificaba.

Pasaron a una amplia sala. Algunos oficiales bailaban con algunas muchachas. Entre ellos estaban Clesse, Lode y Ter. Sentados junto a una mesa colocada en el centro de una pérgola que daba acceso a un extenso parque, Robert vio a Caurelaert enfrascado en animada charla con el segundo jefe del regimiento y algunos comandantes. Algunos hombres, desconocidos para Robert, estaban atentos a la discusión entablada entre los militares. El teniente los supuso plantadores.

Aline presentó a Robert a su madre, una simpática señora de cabello cano y dulce sonrisa. El teniente se inclinó respetuosamente.

—Tenía referencias de usted, señor Willems —dijo la madre de

Aline—. Mi hija me ha hablado mucho del teniente Robert, como ella le llama.

El oficial volvió la cabeza hacia la muchacha, que, con las mejillas encendidas, arrojaba sobre la señora Caurelaert una mirada de inteligencia. A Robert la pareció más bonita que nunca.

Bailaron algún tiempo en silencio.

—¿Qué le ha dicho a su madre de mí? —preguntó el teniente, de pronto.

—¡Por Dios, Robert! —exclamó ella, azarada—. Nada. Simplemente que era usted muy... simpático.

—¿Nada más?

—Bueno... sí —añadió ella, tartamudeando. Sus verdes ojos se posaron dulcemente en los de él—. Más vale decírselo, ya que si espero a que usted se decida, me moriré antes de vieja. Le dije también que yo... que yo...

No pudo concluir. Robert notó sobre su hombro el contacto de una mano. Se volvió. Era Lode.

—¿Me permites? —preguntó, con ademán autoritario—. Ya has bailado suficiente con Aline. Ahora me toca a mí.

—Si fueras tan inteligente como inoportuno —exclamó Robert—, hace tiempo que habrías conseguido algún premio Nobel.

La actitud de ambos tenientes llamó pronto la atención de los concurrentes al baile. Todas las miradas convergían hacia el grupo formado por Aline, Robert y Lode.

El capitán Clesse avanzó hacia ellos, y saludando a la muchacha con un ligero movimiento de cabeza, dijo:

—Sigán discutiendo, tenientes, no hay inconveniente. Aline, ¿me permite este baile?

La joven, con una mirada, agradeció a Clesse el haber puesto fin a aquella desagradable situación, y sonriendo amablemente ofreció su brazo al capitán. Robert se retiró a un rincón de la sala y llenó una copa de ginebra. Se la llevó a los labios. El timbre de la puerta repicó con insistencia. Un segundo después apareció en la sala un enlace del regimiento, que, después de recorrer con la mirada toda la habitación, se encaminó rápidamente hacia la pérgola. Susurró unas palabras al oído del coronel. Caurelaert se incorporó de su asiento. Cesó la música. El jefe del regimiento de Palembang avanzó hacia el centro de la sala. Todos los ojos estaban fijos en él.

—Señores —dijo—, en la madrugada de hoy, la escuadra y la aviación japonesas han destruido a la flota norteamericana del Pacífico fondeada en Pearl Harbour.

Era el día 8 de diciembre de 1941.

CAPÍTULO XII

¡GUERRA!

Las noticias que sobre el desastre de Pearl Harbour llegaron en los días sucesivos a Palembang eran extremadamente confusas. Pasados los primeros instantes de estupor, empezaron a circular datos fantásticos. Las noticias procedentes del Japón se cruzaban con las que venían directamente. Los radiogramas de Pearl Harbour no reflejaban bien la situación; posiblemente habían sido redactados en la forma más conveniente para evitar una impresión perjudicial.

Todo era confusión y desconcierto, incertidumbre y temor. Pero una cosa era cierta, precisa: los Estados Unidos de América se hallaban, desde aquel momento, en guerra con el Japón.

En los días que sucedieron al ataque japonés a la base naval de las islas Hawái, no se interrumpieron ni un solo instante la larga cadena de noticias sobre la marcha de las operaciones en todo el ámbito del Pacífico.

El día 8 se hizo pública la declaración de guerra del Japón a Inglaterra y a los Estados Unidos a partir de las seis horas de la mañana, y después de la acción contra Pearl Harbour se realizaron simultáneamente fuertes bombardeos aéreos contra la isla de Guam, Singapur, Hong Kong y las islas Wake y Midway.

El día 9 de diciembre los ejércitos japoneses emprendieron a través de Thailandia el avance hacia Birmania. Malaca fue atacada por varios puntos a la vez. Los gigantescos acorazados ingleses «Prince of Wales» y «Repulse», núcleo de la «Far Eastern Fleet», eran hundidos por la aviación japonesa cerca de Singapur. La nueva corrió como un reguero de pólvora y llegó hasta las Indias holandesas, hasta Palembang.

¡Estupor!

Un mes más tarde, exactamente el 4 de febrero, la formidable fortaleza inglesa, Singapur, capitulaba tras un audaz golpe de mano japonés. Para entonces Hong Kong estaba ya en poder de los nipones, y con la desaparición de ambas plazas fuertes, la escuadra y el ejército japoneses se adueñaban de las aguas y las tierras de todo el Extremo Oriente.

Desde que tuvo lugar la primera embestida nipona contra las fuerzas navales americanas del Pacífico, las Indias orientales holandesas habían vivido momentos de incertidumbre. ¿Cuál iba a ser la suerte de las posesiones de Holanda en Oriente? Nadie podía asegurarla con certeza. ¿Intentaría el Japón su conquista, o, por el contrario, desentendiéndose de ellas, se limitaría a expansionarse hacia el Este, a fin de aproximar más y más sus bases a la metrópoli americana?

El Alto Estado Mayor holandés no tardó mucho en darse cuenta de cuáles eran las intenciones del Japón. El día 10 de diciembre de 1941 se produjo el primer desembarco de tropas niponas en la bahía de Aparri, del archipiélago de las Filipinas. Las Diez Mil Islas estaban demasiado próximas al Borneo para que los japoneses desistieran de apoderarse del petróleo de Java y de Sumatra principalmente.

Efectivamente. La noticia llegó a Palembang como un trallazo, con toda la fuerza de un movimiento sísmico. Las tropas japonesas habían puesto pie en el Borneo británico, en la bahía de Kimanis. Desde aquel momento las unidades holandesas se aprestaron a la defensa.

Siguieron días preñados de temores. El 11 de enero los japoneses asaltaron el Borneo holandés por Taraban. La suerte estaba echada. No había lugar a dilaciones ni a posturas expectativas.

El coronel Caurelaert recibió expresa orden de mantenerse constantemente alerta. Su misión se concretaba a defender Palembang y sus pozos petrolíferos, codiciados por el enemigo, ante cualquier eventualidad.

Dos días después de la arremetida nipona al Borneo holandés, la aviación naval japonesa realizó su primera incursión contra Sumatra. Palembang fue su principal objetivo. La visión dantesca de los yacimientos de petróleo ardiendo y las interminables caravanas

de gentes que huían a refugiarse en los bosques era sobrecogedora. Los aparatos japoneses, en gran número, se lanzaban en picado contra las instalaciones militares holandesas, sembrando las calles de la, ciudad, sus alrededores y hasta los rincones más recónditos de su enmarañada jungla, de cadáveres, escombros y metralla.

El día 15 de febrero hicieron aparición en el limpio cielo de la isla gran cantidad de aviones que, despreciando importantes objetivos de la costa, se encaminaron hacia Palembang.

Sobre la ciudad irrumpieron en primer lugar varias escuadrillas de bombarderos ligeros escoltados por un enjambre de cazas de diversos tipos. Los cañones antiaéreos del regimiento de Caurelaert abrieron inmediatamente fuego contra las formaciones enemigas. El combate duró toda la mañana. Las gentes huían despavoridas entre las nubes de polvo que la violencia de las explosiones levantaba. La ciudad se hallaba materialmente envuelta en llamas, y el estrépito de los edificios al desplomarse, el intenso resplandor de los incendios, el fragor de los estampidos, el aire enrarecido, los gritos de terror de los que corrían en busca de un refugio y las quejas y lamentos de los heridos y moribundos, formaban un cuadro indescriptible, una sinfonía de muerte y dolor, terrible, enloquecedora.

Los cazas japoneses, en rápido vuelo, pasaban rozando las copas de los árboles, atacando sin cesar con sus ráfagas los emplazamientos antiaéreos holandeses.

A primeras horas de la tarde, sobre la línea del horizonte hicieron aparición una serie de puntos negros, identificables a primera vista. Poco a poco fueron agrandándose, hasta adquirir forma precisa. Se trataba de grandes aviones de transporte. Volaban formando una inmensa «V», y el roncar de sus motores saturaba el aire de escalofrantes vibraciones. Como pajarracos de muerte fueron aproximándose a Palembang, dividiéndose, poco antes de alcanzar la ciudad, en dos grandes hileras, bordeando la selva. Sus grandes panzas se abrieron y de sus entrañas comenzaron a brotar numerosos puntos blancos que, como copos de suave nieve, fueron descendiendo lentamente sobre la verde alfombra de la jungla. El ataque contra Palembang se había iniciado.

El cielo parecía un moteado manto de armiño. Prendidos en los paracaídas, con las metralletas preparadas, llovían en torno a la

ciudad, los soldados japoneses.

CAPÍTULO XIII

FUGITIVOS

Les oficiales del regimiento de Caurelaert habían trasladado a sus familiares al campamento en el mismo instante en que se iniciaron los bombardeos japoneses contra la ciudad. El coronel había instalado a su esposa y a Aline en una tienda que ordenó disponer para ellas bajo unos corpulentos árboles, a cien metros escasos de la ocupada por él. El tupido enramaje impedía la visibilidad desde el aire; el sitio era relativamente seguro.

Desde el día del baile en la residencia del coronel en Palembang, Robert y la muchacha apenas se habían visto. Ocupado el teniente en las obligaciones que el servicio le imponía, apenas si tenía un rato libre para dedicarlo a sus asuntos particulares.

Aline había suspendido por completo sus paseos a caballo. La jungla estaba llena de gentes escapadas del peligro que suponía la permanencia en la ciudad, y en tales condiciones recorrer la selva hubiera significado más que una distracción, un agudo suplicio.

Caurelaert dispuso que toda la colonia civil holandesa abandonara sus casas y se trasladara a los bosques, entre cuyos árboles se habían levantado tiendas de campaña para que se cobijaran en ellas.

El coronel esperaba de un momento a otro la noticia de que las tropas japonesas habían desembarcado en Sumatra, y había dispuesto las cosas de manera que la población holandesa pudiera intentar alcanzar la costa opuesta a aquélla por la que hicieran su aparición los nipones y ser embarcada en naves aliadas y conducida fuera de aquel infierno.

Caurelaert no se equivocó. La escuadra, japonesa desembarcó fuertes contingentes de tropas en TandchoengKarano, exactamente

el 15 de febrero, el mismo día que Palembang se vio atacada desde el cielo por los bombardeos primero y por los paracaidistas después. Mientras éstos tomaban posiciones en la selva rodeando a la ciudad a imposibilitando el uso por los soldados holandeses de las defensas construidas, las unidades llegadas a la costa sur de la isla, a marchas forzadas, se encaminaron hacia la importante zona petrolífera. La escasa resistencia que se les ofreció fue rápidamente vencida y Palembang quedó amenazada de muerte. Su defensa se juzgaba ya poco menos que imposible.

El regimiento de Caurelaert tomó posiciones en torno a la ciudad para impedir que los paracaidistas enemigos que infestaban los alrededores la tomaran al asalto, aprovechando para su asentamiento las condiciones naturales que la enmarañada vegetación les ofrecía.

Pero el día 16 el coronel tuvo conocimiento de que las columnas que desde el sur de la isla avanzaban a través de la selva no tardarían en llegar, ya que en su camino no era posible interponer obstáculo alguno. Las unidades del litoral habían sido aniquiladas por los invasores que, con todo su poder, se aproximaban más y más a Palembang.

Clesse fue llamado por Caurelaert. El jefe del regimiento parecía haber envejecido diez años. Invitó al capitán a sentarse junto a él.

—Tengo órdenes concretas —comenzó— de defender los pozos petrolíferos a toda costa, basta el límite. Las fuerzas de que dispongo son insuficientes para poder organizar una resistencia eficaz. No obstante, aquí me quedaré basta ser arrollado por los nipones. No haré con ello otra cosa que cumplir con mi deber.

Guardó silencio algunos segundos; meditando sus palabras, prosiguió:

—La población civil holandesa debe abandonar la ciudad antes de que lleguen los japoneses. Las mujeres, los niños y los hombres que por su edad u otras circunstancias no puedan sernos útiles, deben salir de aquí lo antes posible. La costa del sur está tomada, los caminos que conducen a ella, cortados. Hay que descartar, pues, la posibilidad de cruzar el estrecho de la Sonda y alcanzar Java. La selva, hacia el norte, es la única posibilidad. Quiero que estas gentes huyan hoy mismo hacia el norte primero y el este después, intenten alcanzar la costa frente a Muntok. En aquellos mares hay

abundantes barcos aliados que pueden recogerlos.

Clesse escuchaba atentamente al coronel sin saber en qué iba a terminar toda aquella larga serie de explicaciones.

—Usted, con su compañía —dijo entonces Caurelaert, clavando sus ojos en los del capitán—, custodiarán a estas gentes en su éxodo, defendiéndolas de los peligros que puedan hallar en el camino.

—¡Pero, señor! —exclamó, asombrado, Clesse—. Esto es casi imposible. Cruzar cien kilómetros de selva virgen con todos sus peligros en compañía de mujeres y niños, es poco menos que imposible. Además, el camino estará infestado de guerrilleros que nos acosarán día y noche. Posiblemente los mismos japoneses saldrán en nuestra persecución. Creo, mi coronel, que mejor sería que se quedaran en Palembang, pese a los bombardeos y a la lucha que dentro de poco se desencadenará. Si en tales condiciones intentamos alcanzar la costa, lo más seguro será que no llegue nadie vivo.

—No, Clesse —negó el coronel—. Esta gente no puede quedarse aquí. Sólo nos servirían de molestia y estorbo. Es mejor que se vayan. No ignoro a lo que se exponen, pero tengo confianza en usted y sé qué hará cuanto pueda para conseguir conducirlos sanos y salvos a la costa.

Caurelaert se levantó y lo mismo hizo el capitán.

—Está bien, señor —exclamó éste—. Haré cuanto pueda para cumplir su orden.

—A propósito —dijo el coronel—. Puede llevar a cabo, si lo desea, un reajuste en la plantilla de sus oficiales. Llévase a los más aptos, aunque pertenezcan a otras compañías. Para la defensa de Palembang todos me servirán. Ése... ¿cómo se llama?... Willems... eso es... Robert Willems, es mejor que se quede. Sustitúyalo por otro.

Clesse miró fijamente al coronel. Luego dijo gravemente:

—El teniente Robert Willems es sin duda alguna, señor, el mejor oficial del regimiento.

Caurelaert abrió desmesuradamente los ojos.

—Me extraña esta opinión de usted, capitán. No creo yo lo mismo. En fin, usted es quien debe llevar a cabo la misión y a usted, por consiguiente, le toca elegir a sus oficiales. ¡Lléveselo si quiere!

Clesse saludó militarmente y abandonó la tienda del jefe del regimiento.

Aquella misma noche, al amparo de las sombras, una larga columna de hombres, mujeres y niños, escoltada por los ciento treinta soldados de Clesse, armados con material ligero, abandonaban el recinto del campamento militar en dirección norte. Poco después las tinieblas se cerraban tras ellos. Caurelaert los vio alejarse con lágrimas en los ojos. Entre aquellos atribulados seres que huían ante el avance de los soldados japoneses y se aventuraban a internarse en el mismo corazón de la misteriosa jungla de Sumatra, dispuestos a enfrentarse con los innumerables peligros de su salvaje naturaleza, marchaban la señora Caurelaert y su hija Aline, la bella muchacha de cabello rubio y ojos verdes.

CAPÍTULO XIV

HACIA LA COSTA

Cuando las primaras luces del alba bañaron con sus pálidas claridades el intenso verdor de la jungla, proporcionando infinitos matices a su exuberante vegetación, los soldados de Clesse habían dejado ya muy atrás la ciudad de Palembang. Los paracaidistas japoneses no localizaron la columna. La absoluta obscuridad que reinaba en la maleza hizo de eficaz pantalla protectora entre los fugitivos y los atentos ojos de los nipones, permitiendo a aquéllos cruzar una zona en la que el enemigo se hallaba oculto, en continua vigilancia, en cada hoyo, detrás de cada mata, pegado materialmente a los troncos de los árboles.

Clesse había dividido a sus hombres en tres grupos. A la cabeza de la columna marchaba el teniente Ter con treinta hombres, explorando el terreno por el que tenían que avanzar abriéndose paso, batiendo continuamente sus largos machetes, a través de la maleza. Seguía toda la larga columna de personas civiles, llevando a hombros grandes paquetes con alimentos, utensilios para cocinar, medicamentos y cuántos objetos podían ser necesarios durante el largo camino, Escoltando a estas gentes marchaba otro grupo compuesto por sesenta soldados y mandado directamente por el capitán Clesse, asistido de Willems. Cerraba la marcha el resto de la compañía, cuarenta hombres aproximadamente, conducidos por Lode. Debían prever y rechazar cualquier ataque procedente de la retaguardia.

Los primeros kilómetros fueron recorridos con relativa facilidad. La selva, aunque espesa, facilitaba abundantes sendas naturales, caminos escondidos, pasos cubiertos por la hojarasca, por los que avanzaban los fugitivos sin grandes dificultades. Pero poco a poco

fue apareciendo la selva virgen, densa, impenetrable en muchos puntos, húmeda y oscura. La tierra fue cubriéndose de una espesa capa de hojas y cortezas en estado de putrefacción que dificultaba la marcha de la columna. Las mujeres comenzaron a sentir los efectos del cansancio, y a pesar del ardiente deseo que sentían de alejarse lo máximo de Palembang, pidieron a Clesse un corto descanso. El capitán no accedió a ello. Sabía que el éxito o el fracaso de la misión que le había sido encomendada dependía, en gran parte, de lo que avanzaran aquella noche. Cargados con los paquetes que se les había confiado, prosiguieron andando. Al fin, al amanecer, Clesse dio la voz de alto. La mayoría se dejaron caer como pesados fardos sobre el suelo; estaban cansados, extenuados, jadeantes. El esfuerzo hecho había puesto sus energías al borde del límite.

Los soldados encendieron varias hogueras y en ellas condimentaron un rancho que fue repartido equitativamente entre todos. Luego buscó cada uno un lugar donde echarse a dormir. Algunos confeccionaron rústicos colchones con hierbas y hojas secas para aislar, en la medida de lo posible, sus cansados cuerpos de la humedad del suelo.

Los soldados montaron una estrecha vigilancia en torno al improvisado campamento a fin de evitar cualquier sorpresa por parte de las partidas rebeldes que infestaban la jungla.

Aline, con los pies hinchados por la larga caminata y sintiendo los pulmones abrasados por el fuego interno que la devoraba, aún tuvo fuerzas para ayudar a su madre a recostarse contra el tronco de un árbol. Dejó a un lado el pesado botiquín de lona cuyo transporte le había sido encomendado y se sentó junto a la señora Caurelaert.

Robert se acercó a ella.

—¿Está usted muy cansada, Aline? —preguntó.

—Sólo un poco —contestó la muchacha, intentando sonreír.

—Lo siento —lamentó él.

—No es por mí por quien me preocupo —dijo la joven en voz baja—. Es por mi madre. No soportará muchas caminatas como la de esta noche.

—Clesse quiere hacer un máximo esfuerzo para alejarnos de Palembang cuanto podamos en el más corto espacio de tiempo —

dijo Robert, sentándose junto a Aline—. Quiere poner entre nosotros y nuestros posibles perseguidores unos cuantos kilómetros de selva. Y en ello tiene razón. Luego, cuando el peligro haya disminuido, marcharemos más lentamente.

—Eso espero —exclamó la muchacha.

Robert ofreció un cigarrillo a Aline, que la joven rechazó. Encendió él uno y aspiró con deleite una profunda bocanada. Reclinó la cabeza contra el tronco del árbol, y clavando los ojos en las plomizas nubes que comenzaban a cubrir el cielo, dijo:

—Llegaremos a la costa; estoy seguro de ello.

Clesse es un hombre excepcional. Él nos conducirá a través de este laberinto hasta la meta fijada, cueste lo que cueste.

Ter se aproximó a ellos. A pesar de lo angustioso del momento, su simpática cara de luna llena no había perdido su habitual expresión de optimismo.

—Robert —dijo, después de dirigir un saludo a Aline—. Clesse quiere verte.

El teniente se incorporó. Cogió el botiquín de lona y, dirigiéndose a la muchacha, dijo:

—Ayude usted a su madre. Bastante trabajo tendrá en ello. Yo llevaré este paquete.

—¡Oh, no! —protestó la joven—. Usted ya va suficientemente cargado.

Pero Robert se alejaba ya en compañía de Ter. Fueron a ver al capitán. Clesse estaba conversando con un soldado cubierto de barro de pies a cabeza. Su destrozado uniforme y los arañazos de sus manos y cara permitieron a ambos tenientes adivinar de dónde venía.

—Palembang está en poder de los japoneses —les informó Clesse, tan pronto los vio—. Este enlace nos ha traído la noticia.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó externado, Robert.

—He recorrido más de la mitad del camino a caballo —dijo el soldado—. Luego tuve que abandonarlo ante la imposibilidad de seguir con él, y continué a pie.

—Lo peor del caso —siguió Clesse— es que los japoneses han enviado varias patrullas en nuestra persecución. Ellos no tienen mujeres ni niños que los estorben. Pronto nos darán alcance.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Ter.

—Proseguir inmediatamente la marcha —exclamó Clesse, con decisión—. No existe otra solución.

—Pero esto no es posible —opinó, alarmado, Reherí—. Estas gentes están cansadas, extenuadas la mayoría, no podrán caminar ni diez kilómetros más.

—Pues tendrán que hacerlo —dijo Clesse—. Eso o caer prisioneros de los japoneses. Que los soldados transporten lo más imprescindible y que se abandone lo demás. Usted, teniente —prosiguió—, se ocupará de que los paquetes sean escondidos lo mejor posible entre la maleza a fin de no proporcionar una pista a nuestros perseguidores. De aquí a media hora reemprenderemos la marcha.

—¿Y los víveres? —preguntó Robert.

—Calcule usted las raciones necesarias para trescientas personas durante cinco días. El resto, tírele.

—¡A sus órdenes, mi capitán! El teniente se alejó a cumplir lo dispuesto por Clesse.

CAPÍTULO XV

LA EMBOSCADA

Los fugitivos reemprendieron la marcha. Después del esfuerzo hecho la noche anterior y tras largas horas pasadas en vela, caminaban como autómatas, alentados tan sólo por el deseo de escapar del alcance de los soldados nipones.

La jungla representaba cada vez un obstáculo mayor en su penoso avance. La vegetación era ya tan tupida, tan apretada, que los soldados de Lode, que marchaban ahora en cabeza, tenían que ir abriéndose paso con sus machetes y cuchillos. A veces las lianas y las ramas bajas, entrecruzándose unas con otras, formaban verdaderas redes que exigían grandes esfuerzos y considerable pérdida de tiempo basta considerarse definitivamente vencidas. En otras ocasiones era preciso avanzar agachados, casi pegados al suelo, hundiendo continuamente los pies en las gruesas capas de barro que lo cubrían todo.

Las mujeres se ayudaban entre sí a cada paso que daban, o eran sostenidas por los soldados cuando las condiciones del terreno así lo requerían.

Los graznidos de los patos salvajes y de las exóticas aves tropicales, la algarabía de los monos huyendo ante aquellos extraños seres que osaban invadir sus dominios, el soplo del viento entre las anchas hojas de los cocoteros y, en definitiva, los mil murmullos y ruidos que brotaban de las entrañas de aquel inmenso mar verde, contribuían a aumentar el nerviosismo y a acrecentar el temor de los fugitivos de Palembang.

El calor era sofocante, la atmósfera viciada, la humedad agotadora. Las moscas, formando interminables enjambres, se abalanzaban sobre los rostros sudorosos y sucios de los que

compartían aquel horrible éxodo, cebándose golosas en la más insignificante herida, en el rasguño más imperceptible.

Llegaron a un pequeño río, cuyas aguas, cubiertas de extrañas plantas, apenas parecían moverse. Algunos soldados se internaron en él con objeto de medir la profundidad de su cauce. Llegaron a la orilla opuesta sin haberse mojado la cintura.

—¡Adelante! —ordenó Clesse—. Crucémoslo enseguida.

Pero nadie pudo cumplir lo ordenado por el capitán. Un trueno ensordecedor hizo vibrar el aire. El terreno se vio agitado en un momento por un violento diluvio de proyectiles que varias ametralladoras desencadenaban como invisible granizo negro. Todo el mundo se arrojó al suelo, buscando febrilmente una hoquedad donde esconderse. Varias granadas estallaron cerca de ellos, originando siniestras llamaradas blancas y amarillas, en tanto que un humo denso, ardiente y amargo abrasaba sus ojos y les secaba las gargantas. La trepidación del aire levantaba nubes de polvo y estremecía con furor el verde follaje de los árboles.

Todos estaban con los ojos cerrados, inmóviles, a fin de no ver lo que ocurría a su alrededor. En sus corazones vivía un solo deseo: superar lo antes posible aquel terrible instante.

Robert había visto, instantes antes de pegar su rostro contra el suelo, cómo varios soldados colocados a su derecha se desplomaban alcanzados por el fuego de los invisibles enemigos. Clesse se arrastró hasta él.

—¡Hay que salir de aquí como sea! —dijo—. ¿Dónde está Herre?

Robert lo señaló con un movimiento de cabeza. El sargento se hallaba a pocos pasos de ellos, oculto tras unos arbustos. Clesse le llamó por su nombre y de un salto acudió hasta ellos.

Robert volvió la cabeza atrás. Buscó a Aline con la mirada. No lo consiguió. En aquel desordenado montón de cuerpos medio cubiertos por el polvo y el humo de las explosiones, era imposible identificar a nadie más allá de diez metros. Una terrible angustia oprimió su corazón. Aquél podía ser el último instante para todos: para aquellas aterrorizadas gentes, para los soldados de Clesse, para él mismo y... para Aline. Un sudor frío, helado, bañó su frente. Prestó atención a lo que el capitán decía a Herre.

—Allí están. —Clesse señalaba un lugar cubierto totalmente por la maleza—. Aquellos arbustos los ocultan. No deben ser muchos,

ya que nos hubieran atacado de otra manera; una patrulla de quince o veinte hombres a lo sumo, Tome veinte hombres y láncese al asalto. Nosotros desde aquí le cubriremos, lo mejor posible.

—¡Iré yo!

Las palabras brotaron de la garganta de Robert sin apenas advertirlo él mismo.

Clesse le miró fijamente.

—Bien, Willems. Vaya usted.

Robert agrupó a los soldados dispersos, y protegiéndose tras los árboles comenzó a aproximarse al lugar del que los disparos procedían.

Sus hombres buscaban protección en los árboles, y con las manos crispadas sobre sus armas y la mirada atenta a cualquier eventualidad, iban avanzando palmo a palmo. Las balas, rechazadas por las piedras de la orilla, del río, se perdían, con silbidos de muerte, entre la vegetación de la jungla.

Robert comprendió que sólo la imperiosa necesidad de terminar lo antes posible con aquella comprometida situación había decidido a Clesse a atacarlos de frente. Sin la compañía de aquellas aterrorizadas gentes, jamás el capitán habría tomado tal determinación. Hubiera desplegado a los soldados por ambos lados y atacado la posición enemiga por los flancos. Con ello, sin duda, se habrían ahorrado muchas vidas. Pero no había lugar para dilaciones, fuera como fuera, los soldados de Robert tenían que hacer callar a aquellas ametralladoras que hacían llover sobre ellos una verdadera lluvia de metralla. El teniente, haciendo un gran esfuerzo de voluntad, siguió avanzando, procurando dominar el espantoso miedo que le embargaba. Sentía la espalda bañada en sudor y su cuerpo se agitaba convulso, movido por escalofríos de muerte.

Una ráfaga más certera abatió a tres soldados junto a él, a su derecha. Uno de ellos, alcanzado en plena frente, se desplomó a sus pies. Robert tuvo que dar un salto para pasar por encima del inanimado cuerpo y proseguir el avance. Un gemido se asomó a su garganta, un gemido incomprensible en aquel huracán de truenos, mía voz que no era más que un aullido, una maldición o una súplica. Dábase cuenta de que la muerte con su helado soplo, iba a su encuentro, que corría ya junto a ellos. ¡La muerte horrible,

despiadada, contra la cual nada podía hacerse!

Inició un leve movimiento de retroceso. Se apoderó de él una invencible ansia de escapar de allí, de huir, de retroceder cobardemente y refugiarse en el punto más intrincado de la selva, donde ya nunca más pudiera ser hallado por nadie. Pero entonces su pensamiento voló hacia Aline. Vio a la muchacha echada en el suelo, cubierta de polvo y fango, mientras que las balas cruzaban amenazadoras sobre su cabeza. Uno de aquellos proyectiles podía alcanzarla, como a aquel soldado que momentos antes cayó muerto a sus pies. Este pensamiento le horrorizó de tal manera que sintió el corazón oprimido por una terrible angustia. Luego se despertó en él un gran furor, una rabia mal contenida contra aquellos hombres emboscados que disparaban sus armas sin piedad. Notó que el miedo, contra el que tantas veces luchara inútilmente, desaparecía de su alma, dando paso a un valor y decisión sin límites, a algo desconocido hasta entonces por él y que le hacía sentirse capaz de realizar lo imposible. Ya no le importaban las balas, ni la metralla, ni las bayonetas de los japoneses ocultos en la jungla.

Mientras tanto, los soldados de Robert habían conseguido llegar a escasa distancia de las ametralladoras enemigas. Un claro del bosque, sin árboles ni maleza, separaba tan sólo a ambos contendientes. El teniente comprendió la necesidad de cruzarlo a la carrera, ofreciéndose al fuego que se les hacía, pero en el menor tiempo posible.

—¡Adelante! ¡Al asalto! —gritó con todas sus fuerzas.

Los soldados holandeses, saliendo de sus escondites, se lanzaron a la carrera, siguiendo a Robert.

Muchos se desplomaron, heridos por el fuego enemigo, pero el teniente, seguido por el resto de sus hombres, se lanzaron sobre los matorrales que escondían las mortíferas ametralladoras, atacando a sus servidores con granadas de mano primero y con sus bayonetas después. En un minuto se adueñaron de la situación. Cesó el estampido de los disparos, y los ruidos de la selva, con toda la infinita gama de su exótica variedad, volvieron a impregnar el ambiente.

CAPÍTULO XVI

LA MUERTE DE UN VALIENTE

Los atacantes de los fugitivos de Palembang eran japoneses; quince hombres en total. Todos ellos perecieron en la lucha. Sus cuerpos yacían medio cubiertos por la espesa capa de hojarasca que tapizaba la jungla. Robert ordenó registrarlos por si hallaba algo que pudiera indicarle la presencia de otras fuerzas japonesas. No lo encontró.

—¿Cómo habrán llegado hasta aquí? —preguntó un sargento.

Robert se encogió de hombros.

—¡Quién sabe! —exclamó—. Seguramente se habrán lanzado en paracaídas para cortar la retirada a las fuerzas de Palembang.

Luego ordenó a sus hombres volver al grueso de la columna. Por el camino recogieron los cadáveres de los soldados muertos. Eran ocho en total. Robert no pudo reprimir un estremecimiento. Una profunda pena se apoderó de su alma al contemplar los cuerpos de aquellos hombres, jóvenes aún. ¡Muerte heroica, sí, pero terrible! ¡Horrible!, pensó. ¡Morir así, sepultado entre las secas hojas de un bosque remoto!

Entre las personas civiles también había habido bajas. Las primeras ráfagas japonesas habían sido certeras. Tres mujeres y un hombre habían sido alcanzados. Robert buscó a Aline. La muchacha no había sufrido daño alguno, pero estaba, en cambio, terriblemente asustada.

—Gracias —dijo—. Gracias por todo, Robert.

Cruzáronse sus miradas y se confundieron una con otra. Así se contemplaron largo rato. El teniente había cogido entre las suyas las manos de la joven.

Ter se aproximó. En su rostro pudo leer Robert que algo muy

desagradable había sucedido.

—¿Qué ocurre, Ter? —preguntó.

—Clesse está herido. Una bala en el vientre. Quiere hablar contigo.

Robert se separó de Aline y corrió al lado del capitán, Lode también estaba allí. Se inclinó sobre el herido, que yacía tendido sobre una improvisada colchoneta.

—Ha sido una bala..., perdida —dijo Clesse con visibles esfuerzos—. He tenido mala suerte.

Ter movió la cabeza de un lado para otro. Robert comprendió.

—Hágase usted... cargo de... de la compañía —prosiguió el capitán—. Yo estoy fuera de combate. —Luego, dirigiéndose a Ter y a Lode, prosiguió—: Quiero que obedezcan al teniente... Willems... como si de mí, se tratara.

Ambos tenientes asintieron con la cabeza. Clesse volvió la cabeza hacia el lado de Robert.

—Quiero —prosiguió— que saqué a toda esta gente de aquí; que los conduzca hasta la costa para que puedan embarcar. Ésta es mi... última orden. Pero quiero que... me jure que hará cuanto pueda para... para llevarla a cabo.

—¡Se lo juro, señor! —exclamó Robert, vivamente afectado.

Clesse intentó sonreír.

—Confío en usted... teniente —dijo—. Es usted un valiente que...

No pudo concluir la frase que había iniciado. Un violento ataque de tos ahogó en su garganta las últimas palabras. Luego extravió la mirada e inclinó la cabeza a un lado. Ter le puso la mano sobre el corazón.

—Ha muerto —exclamó.

Robert se incorporó y se alejó a paso lento. Hasta él llegaba el agudo graznido de los patos salvajes.

Los soldados cavaron profundos hoyos en la tierra, depositaron en ellos los cadáveres y los cubrieron con tierra y piedras. Luego clavaron sobre cada tumba una rústica, cruz de madera. Robert, Ter y Lode, situados frente a la tumba de Clesse, saludaron militarmente por última vez al que hasta entonces había sido su capitán.

Había algunos heridos. Un soldado tenía alojada una bala en la pierna derecha, otro la cadera dislocada por la explosión de una

granada y dos o tres más con heridas leves. Entre las personas civiles, una mujer con el húmero astillado por varios sitios y un hombre con varias costillas hundidas. En aquellas condiciones, la marcha de la columna fugitiva tenía que ser forzosamente lenta y penosa. Se construyeron, no obstante, con palos, hojas y lianas, camillas para los que no podían valerse. A una voz de Robert se inició la tercera etapa de aquel caminar sin fin.

A marcha lenta, la columna fue avanzando, kilómetro tras kilómetro, por el inmenso laberinto de la selva virgen. A lo lejos, brotando del intenso verdor del paisaje, se levantaba una pequeña colina. Robert abrigaba el propósito de cruzarla antes de la caída de la tarde para acampar en la vertiente opuesta y proporcionar un descanso a aquellas fatigadas gentes. Forzó la marcha. A pesar del inmenso cansancio de todos, cansancio próximo ya al total agotamiento, nadie protestó. Sabían que su suerte dependía de la resistencia de sus piernas y de la capacidad de sus pulmones, y por ello iniciaron la ascensión por las suaves pendientes de la colina con inusitada decisión. Con las primeras sombras del crepúsculo coronaron la cima. Robert pasó la mirada por el paisaje que desde allí se divisaba. Detrás, como un infinito océano verde, la selva, cerrada, inmensa, misteriosa. Delante, hasta perderse en el horizonte, la jungla otra vez. En el ánimo del teniente cundió el desaliento. No obstante, pronto logró sobreponerse. Miró hacia arriba; densas y oscuras nubes comenzaban a arremolinarse en el cielo, movidas por el empuje del huracán. Se aproximaba la tormenta. Las copas de los árboles comenzaron a agitarse convulsas, movidas por el viento. Los animales de la selva enmudecieron. El firmamento se oscureció y la luz vivísima de los relámpagos, aún lejanos, rasgaron las tinieblas.

—¿Cuánto tardará aún en llover? —preguntó a Ter.

—Tres o cuatro horas.

—Descendamos hacia la selva —ordenó Robert—. Tal vez allí podamos guarecernos, si no todos, al menos las mujeres y los heridos.

La bajada fue menos penosa. El ansia de encontrar un lugar donde refugiarse cuando la tormenta estallara, daba nuevos ánimos a todos. Una hora después alcanzaban los límites de la jungla. Casualmente hallaron un lugar que, si no había de proporcionarles

seguro amparo contra el diluvio que se avecinaba, al menos les protegería algo. La erosión de las aguas había excavado en la tierra de una alta pared natural, profundos agujeros semejantes a cavernas, y en ellos se instalaron lo mejor que pudieron.

—Los japoneses —dijo Robert a Ter— no avanzarán con la tormenta. Al fin podremos descansar...

CAPÍTULO XVII

LA FAMILIA DE LOS VAN WILLEMS

El amenazador retumbar de los truenos iba haciéndose por momentos más cercano. El viento aumentaba en furia, al tiempo que se esfumaban las últimas claridades del sol, oculto ya tras la línea del horizonte. Las nubes seguían arremolinándose sobre el cielo de la jungla, formando una gigantesca espiral. En contraste con el agobiador calor de unas horas antes, hizo su aparición el frío. Como el sitio en el que se habían guarecido estaba al cubierto de posibles observaciones por parte de los japoneses, se encendieron algunas hogueras, y en torno al reconfortarle calor de la lumbre se agruparon todos, buscando la agradable proximidad de los cuerpos.

Cuando Robert hubo inspeccionado los alrededores, visitado a los heridos, a los que se atendía lo mejor posible, y comprobado que toda aquella gente puesta bajo su cuidado se hallaba instalada al amparo de la próxima lluvia, fue a reunirse con Aline.

La muchacha ofreció a Robert algo de comida: pan y jamón. El teniente aceptó gustoso; en realidad tenía hambre. Luego apuró dos tazas de fuerte y aromático café, se sentó junto a Aline, cubriéndose con una manta, y encendió un cigarrillo.

—¿El capitán Clesse le confió a usted el mando? —afirmó, más que preguntó la joven.

—Sí —contestó Robert.

La muchacha guardó silencio un minuto.

—Tenía confianza en usted —exclamó al fin.

Robert no contestó.

—Yo también la tengo —prosiguió ella, mirándole fijamente a los ojos.

El teniente sostuvo la mirada de Aline.

—Gracias —dijo, volviendo a enfrascarse en la contemplación de la selva próxima.

—¿Sigue aún creyéndose un cobarde? —preguntó la joven.

Robert se pasó una mano por la frente, restregándose luego los ojos.

—No lo sé —exclamó.

—Lo que ha hecho usted hoy —afirmó Aline— no ha sido el hecho de un cobarde. Ha dado pruebas sobradas de que la cobardía no es condición inherente a usted.

—No, Aline —negó él—. Hoy perdí la noción de las cosas, me ofusqué, me lancé contra las ametralladoras japonesas sin saber lo que hacía. Fue un acto instintivo, irreflexivo, animal. El auténtico valor, el que sirve en cualquier ocasión, el que eleva a un soldado a un plano superior, es el valor frío, el calculador, el desapasionado. Y éste, desgraciadamente, yo no lo poseo.

—El capitán no opinaba así de usted. Si hubiera creído lo que usted cree, jamás le hubiera confiado el mando de la compañía ni la suerte de estas gentes. Clesse no se equivocaba cuando juzgaba a un hombre. Usted está obsesionado por una idea, por un concepto de su propia cobardía, y no se siente capaz de escapar de su maléfico influjo; le falta a usted voluntad, decisión.

Robert negó con la cabeza.

—No es eso —dijo—. Lo llevo dentro de mí, en mi propia sangre, en lo más recóndito de mi alma. Mi abuelo fue un buen militar hasta el momento de tener que entrar en combate. En la Academia fue siempre un alumno aventajado, tal vez el número uno. Cuando se incorporó a su primer destino, sobresalió enseguida por la exactitud y precisión en el cumplimiento del más pequeño e insignificante de los servicios. Era un excelente teórico. Muchos años después, al desencadenarse las primeras revueltas de los rebeldes en Java, fue destinado a esta isla con las tropas enviadas a sofocar la insurrección. Era entonces coronel, y a su mando fue puesto un regimiento de tropas coloniales. No sé aún cómo ni de qué manera fue, ni de qué medios se valió para ello, pero el caso es que mi abuelo se retiró del ejército. Entre sus compañeros de armas se comentó mucho su decisión, y se dijo, fundadamente tal vez, que ella había obedecido al deseo de evitar ser mandado al frente de batalla, es decir, a un acto de cobardía.

Aline escuchaba atentamente el relato de Robert.

—Mi padre fue militar también. Alcanzó el empleo de coronel, el mismo que mi abuelo cuando determinó retirarse del servicio activo. Durante algunos años, siendo yo un niño, mandó tropas en Borneo. La historia se repitió, y su regimiento recibió orden de internarse en la selva para combatir a unas partidas que habían asaltado algunos poblados del interior, cometiendo toda clase de fechorías. Cumplió la orden, mejor dicho, la primera parte de la orden. Fue al encuentro de los rebeldes y les presentó batalla. Pero en mitad de ella, mi padre huyó, dejando a sus soldados desmoralizados y desorganizados. Los rebeldes causaron entre ellos una espantosa carnicería. Se le formó consejo de guerra y fue degradado, escapando de verdadero milagro del piquete de ejecución. Algunos años más tarde, avergonzado, atormentado día y noche por la voz de su implacable conciencia, asqueado tal vez de sí mismo, murió.

Robert hizo una breve pausa. En los ojos de Aline brillaban dos lágrimas.

—Yo —prosiguió el teniente— me prometí a mí mismo reivindicar el buen nombre de mi familia, y a tal efecto ingresé en la Academia militar. Durante algún tiempo alenté los mejores propósitos y hasta llegó a parecerme imposible que mi abuelo y mi padre hubieran podido sentir un solo instante de cobardía. Y aunque así fuera, estaba seguro de que yo era muy distinto. Pero poco a poco fui saliendo de mi error. Con horror comencé a imaginar el momento en el que tuviera que enfrentarme por primera vez con el enemigo y escuchar sobre mi cabeza el escalofriante zumbido de las balas. ¿Qué haría? ¿Cuál sería mi comportamiento? Durante mucho tiempo no supe contestar a estas preguntas que me repetía una y otra vez. No soportando más aquella horrible incertidumbre, solicité una plaza en el ejército colonial holandés y fui destinado a varios sitios. Finalmente ingresé en el regimiento de Palembang. Para entonces estaba ya convencido de que yo no era distinto a como habían sido mis predecesores. Yo era un cobarde también, no podía dejar de serlo, lo llevaba en la sangre, en el aliento, en mis palabras, en todas y cada una de las células de mi cuerpo. Esto es todo —concluyó Robert, bajando la cabeza.

—Robert —dijo entonces Aline, aproximándose cuanto pudo al teniente—. Ha vivido usted muchos años obsesionado con el recuerdo de lo que hicieron su padre y su abuelo, pero ha llegado ya el momento de que se libre de ese fantasma. Debe arrojarlo lejos de sí, destruirle. Usted no es un cobarde, nunca lo ha sido. —Luego, apoyando sus manos en las del teniente, exclamó:

—¡En sus manos me siento segura, Robert!

CAPÍTULO XVIII

LA CONFESIÓN DE ROBERT

El teniente sonrió amargamente.

—Aline —exclamó—, hace ya tiempo, el día de la fiesta en su casa de Palembang, tan tristemente interrumpida por los sucesos de Pearl Harbour, me estaba usted dando cuenta de lo que sobre mí había hablado con su madre. Lode nos interrumpió. ¿Se acuerda?

Un pálido rubor cubrió las mejillas de la joven.

—Sí —dijo—. Me acuerdo.

—¿Quiere decirme ahora qué era ello?

—No, Robert —exclamó la muchacha—. Ahora, no. Pero le prometo que si conseguimos llegar a la costa y ponernos a salvo, se lo diré. Tal vez le sirva esto de aliciente —concluyó, sonriendo picarescamente.

Robert encendió un segundo cigarrillo y aspiró una profunda bocanada.

—Aline —dijo con la mayor naturalidad—, yo la quiero a usted.

La joven se sobresaltó un instante. Luego se quedó contemplando con sorprendida mirada el curtido rostro del teniente. Su pecho se agitaba con movimientos nerviosos y el temblor de sus labios delataba la emoción que le poseía.

—No le he preguntado a usted nada —prosiguió Robert—, ni espero, por consiguiente, contestación alguna. Simplemente, he querido que lo supiera usted. Sé que soy incapaz de despertar el menor interés en ninguna mujer, y menos aún si ella me conoce un poco a fondo. Ignoro cuál será nuestro fin y si conseguiremos llegar a la costa. Por esto, ante la posibilidad de que nuestras suertes se decidan en los próximos días, he querido decirle lo que siento por usted. La quiero; creo que desde el instante en que me salvó de la

mordedura de aquella serpiente. ¡Perdóneme, Aline! Me hago cargo de la repulsión que sentirá usted al saberse amada por un tipo como yo.

El teniente se puso en pie, dejó a un lado la manta con la que se había cubierto y bajó la vista hasta la muchacha.

—Buenas noches —dijo. Luego se alejó.

—¡Robert!

La voz de Aline obligó al teniente a detenerse. Dio media vuelta y se quedó contemplando a la joven con ojos en los que brillaba una muda interrogación.

Aline se aproximó a Robert hasta que éste pudo notar sobre su rostro el perfumado aliento de la muchacha. Los ojos de ambos se encontraron y durante largo rato guardaron silencio.

—Robert —dijo por fin Aline—. No sé cuál será la intensidad de ese amor de que me has hablado, pero por muy grande que sea, mayor es el mío. Yo también te quiero, Robert.

Los brazos del teniente rodearon la cintura de la joven, que se refugió en ellos como buscando protección contra un peligro invisible. Alzó los ojos hasta los de él y sus labios se unieron un momento.

La señora Caurelaert dormía profundamente en un rincón. No había testigos inoportunos. Los rojos resplandores de la hoguera encuadraban la escena en un marco de vivos destellos. Fuera, el viento silbaba siniestramente entre los árboles de la selva, agitando con furia sus infinitas hojas. Las últimas aves cruzaban raudas el cielo, huyendo de la tormenta que se aproximaba rápidamente. La deslumbradora luz de un relámpago hizo palidecer los resplandores del fuego, y los graznidos de las aves fueron ahogados por el horrísono bramar de un trueno, cuyos ecos fueron perdiéndose lentamente en la lejanía.

Las primeras gotas desprendidas de las negras nubes arrancaron a la tierra sonoros chasquidos. Segundos después se desprendía del cielo una densa cortina de agua. Llovía.

Robert se separó de Aline. Sus ojos, hasta entonces inexpresivos y fríos, habían adquirido en pocos momentos un decidido brillo de energía. Sus manos buscaron las de la muchacha y la atrajo nuevamente hacia sí. Acarició suavemente los sedosos cabellos de la joven.

—Te prometo, Aline —dijo—, que nunca más volveré a demostrar miedo ante nada. No volveré a ser un cobarde.

En aquel momento, en la entrada de la cueva se dibujó, contra el claro oscuro del exterior, la rechoncha figura de Ter, El teniente contrajo las pupilas y examinó el interior. Cuando hubo acostumbrado sus ojos a la penumbra, reconoció a Robert.

—Hace, rato que te estoy buscando —dijo—. Había pensado que posiblemente agradecerías un trago de ginebra.

Tendió a Robert una botella, y el teniente la ofreció a Aline.

—Te reconfortará —aseguró—. Además, nos servirá para celebrar...

—¿Para celebrar qué? —preguntó Ter, extrañado.

Robert esbozó una ligera sonrisa.

—¿Sabes qué será lo primero que haremos Aline y yo cuando consigamos salir de aquí?

—¿Qué? —preguntó Ter, entre divertido y curioso.

Robert pasó un brazo por la espalda de Aline asiéndola de un hombro, la atrajo hacia él.

—Nos casaremos.

Ter abrió unos ojos como platos y miró con estupefacción a ambos. Luego dejó escapar una carcajada de satisfacción.

—¡Bravo! —Aplaudió—. Lo celebro muchísimo. Yo seré tu padrino, ¿verdad, Robert?

El teniente rió de buena gana.

—¡Claro que sí, hombre! —Luego, entristeciéndose su semblante, prosiguió:— Sólo Clesse hubiera podido discutirte el puesto.

Robert obligó a Aline a sentarse junto a su dormida madre, y la cubrió con una manta.

—Adiós —dije—. Procura dormir, ya que mañana será un día duro.

Sus labios besaron dulcemente la frente de la muchacha, y en compañía de Ter abandonó la cueva.

Se encaminó rápidamente a una gruta contigua, en donde dormían varios soldados encimados en confuso montón. Sacudió sus ropas con el fin de librarse de parte del agua que las empapaba; luego se acurrucó en un rincón y se quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO XIX

SEPULTADOS

Durante toda la noche se abatió sin cesar sobre la selva la tormenta desencadenada en el cielo de Sumatra. Los rayos, seguidos de ensordecedores truenos, rasgaban continuamente las tinieblas de la noche, dando la sensación de que un devastador incendio abrasaba el corazón de la jungla.

Las apretadas cortinas de agua transformaron las sendas en riachuelos, los barrancos en impetuosos torrentes y en un lodazal inmenso todo el ámbito de la selva.

Pese a aquel estruendoso concierto, la mayoría de los fugitivos de Palembang dormían. El cansancio había obligado a aquellas gentes a entregarse en brazos de la inconsciencia.

Pasadas algunas horas, sobre la línea irregular de las copas de los árboles apareció una tenue claridad, difusa, apenas perceptible. Los rayos del sol, velados por aquella opaca capa de oscuras nubes, pugnaban por abrirse camino hacia la tierra. Comenzaba amanecer.

Roben permanecía quieto, en la misma posición que adoptara cuando se rindió al sueño. Dormía profundamente. Sus músculos estaban agarrotados a causa del frío y la humedad, pero ello no era suficiente para despertarlo. Su entrecortada respiración se mezclaba con la de los hombres que dormían en torno suyo, y el aliento de todos, sumado a la transpiración de los cuerpos, era lo único que proporcionaba algún calor en el interior de aquella cueva de paredes rezumando agua.

De pronto, en sueños, le pareció oír un gran estruendo. Abrió un poco los ojos y se revolvió, nervioso. Medio amodorrado aún, sin el pleno dominio de sus sentidos, escuchó atentamente. Los soldados dormían profundamente. La lluvia seguía cayendo sin cesar.

«Habrá sido un trueno», pens . Y buscando una postura cómoda intentó conciliar nuevamente el sueño.

Pero no pudo. Hasta él llegó un inmenso griterío, la algarabía producida por varias personas en plena excitación. Se incorporó de un salto y, pasando por encima de los cuerpos de algunos de sus hombres, salió al exterior. Recibió de lleno sobre su cara el frío contacto del agua que seguía desprendiéndose de las nubes, y un estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Mir  a uno y otro lado, Algunos soldados corrieron hacia él. El teniente Lode fue el primero en llegar.

— Robert! —gritó, con la más viva angustia pintada en su semblante—. Un desprendimiento de tierras ha obstruido la entrada de una de las cuevas.

Un violento temblor agitó al oficial. Su pensamiento vol  junto a Aline.

— Cu l de ellas? —preguntó.

—Aquélla de all .

Lode señalaba con el índice de su mano derecha un lugar donde, efectivamente, un montón de tierra arcillosa, roja, más seca que la de su alrededor, evidenciaba un reciente corrimiento de tierras.

— Qui n ocupaba esa cueva? —preguntó Robert.

—Algunos soldados; diez o doce.

— No había personas civiles?

—No.

A pesar de la intensa lluvia que seguía cayendo, todo el mundo abandonó sus refugios. No disponían de palas ni picos para intentar liberar a los posibles supervivientes. No tenían nada que pudiera utilizarse con posibilidades de éxito contra aquel ingente montón de pesada y húmeda arcilla. No obstante, Robert ordenó a los soldados que se pusieran inmediatamente a trabajar valiéndose de los machetes, de las culatas de los fusiles, de las manos.

Medio muertos de frío al principio, soportando sobre sus espaldas el continuo caer de la helada lluvia, en medio de la penumbra gris de aquel amanecer nuboso, hombres, mujeres y niños rivalizaron durante varias horas en aquel penoso trabajo.

—Es inútil, Robert —dijo Ter, deteniéndose un instante para tomar aliento—. Jamás conseguiremos remover por completo esta tierra. Son muchas toneladas.

—Es preciso —exclamó el teniente—. Ahí dentro hay doce soldados, vivos tal vez, cuya salvación depende de nuestro esfuerzo. Aunque no lo consigamos, hemos de seguir adelante. No podemos quedarnos con la duda de que su muerte fue debida a nuestra desidia.

Reanudaron su dura tarea con redoblados bríos. La tierra extraída era echada a un lado. Intentaban abrir un paso por un lado, por el menos largo: Pero cuantas veces lo intentaron, otras tantas se deshizo en escasos segundos la obra comenzada. La tierra de la parte superior, huidiza, poco firme, se deslizaba hacia abajo, cubriendo una y otra vez la excavación lograda.

Al mediodía la lluvia cesó, y en su lugar se levantó un viento huracanado, violento, arremolinado. Robert dispuso un corto descanso.

CAPÍTULO XX

PERSEGUIDOS

Un cuarto de hora después se reanudó el trabajo. A media tarde comenzaron a vislumbrarse ligeras esperanzas de rescatar a los soldados sepultados en la cueva. Se había removido la casi totalidad de la tierra que cerraba la entrada y Robert calculó que una hora más de trabajo sería suficiente para conseguir sus propósitos. Apareció entonces una gran roca. Se quitó la tierra de sus aristas y por un lado se consiguió comunicación con el interior de la cueva.

—¡Por favor! —clamó una voz desde dentro—. ¡Sáquenos de aquí!

Robert se aproximó a la grieta.

—¿Hay algún herido? —preguntó.

—Cinco —respondió la voz—. Dos de mucha gravedad. ¡Dense prisa!

—Dentro de un momento estarán ustedes libres —aseguró el teniente—. Tenemos que apartar esa roca que obstruye la entrada; lo conseguiremos pronto. ¿Cómo es que no se les ha agotado el oxígeno?

—Hay una estrecha grieta en la parte superior. Gracias a ella vivimos aún.

—Bien —dijo Robert—. Resistan un poco más. —Luego, dirigiéndose a los soldados, gritó—: ¡Pronto! A ver si entre todos conseguimos apartar esa roca.

En aquel momento tres soldados bajaron corriendo de la montaña. Venían jadeando, pálidos, cubiertos de barro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Robert.

—¡Los japoneses! —exclamó uno de ellos, sin aliento—. Los japoneses se aproximan.

Un estremecimiento de pánico recorrió las filas de los que escuchaban.

—¿A qué distancia están? —preguntó Robert.

—Muy cerca, señor. A una milla como máximo.

El teniente dejó escapar una maldición.

—¿Cómo no los habéis visto antes? —preguntó, irritado.

—Imposible, mi teniente —aseguró otro—. Se han aproximado a nosotros ocultos entre los árboles de la jungla. Sólo al salir de la maleza hemos podido verles.

—¿Cuántos eran?

—Muchos, señor. Dos o tres compañías.

Robert se encaramó de un salto sobre una piedra.

—¡Aprisa! —gritó—. Recoged lo que buenamente podáis y echad a correr hacia la jungla. —Luego, dirigiéndose a Lode, dijo— Tú te quedarás conmigo con treinta hombres, y tú Ter, acompañarás a estas gentes con el resto de los soldados.

—Estarán aquí en menos de quince minutos —exclamó Ter—. Y luego no tardarán en alcanzarnos.

—Lode y yo los detendremos cuanto podamos mientras vosotros huís. ¡Aprisa! No pierdas tiempo. ¡En marcha!

Aline se arrojó en brazos de Robert, estrechándose fuertemente contra el pecho del teniente. El teniente la separó a viva fuerza de sí y la obligó a seguir a Ter, que en aquel momento se alejaba ya, seguido de las personas civiles y de sus soldados. Cuando el último de ellos se hubo perdido en la jungla, Lode se aproximó a Robert.

—¿Qué hacemos con los hombres encerrados en la cueva? —preguntó.

El teniente respiró con fatiga.

—No tenemos otra solución —exclamó—. Hay que dejarlos.

—¡Es horrible! —gimió Lode.

—Sí, lo es. Pero no es posible hacer otra cosa. La suerte de todas esas gentes cuya custodia nos ha sido confiada, depende única y exclusivamente de nosotros. Si nos entretenemos en apartar esa roca, los japoneses nos cazarán como conejos y en pocos minutos darán alcance a Ter. Tenemos que ocultarnos en el borde de la jungla, lo más separados posible unos de los otros, y con nuestras ametralladoras impedir que avancen un metro más, al menos durante algunas horas. Si no lo hacemos así, todos caerán en manos

de los nipones, para acabar en un campo de concentración, Dios sabe por cuánto tiempo.

—Sí, Robert, tienes razón —exclamó Lodo—. Pero ¡es tan horrible!

CAPÍTULO XXI

EL CHOQUE

A la escasa claridad del crepúsculo, Robert pudo distinguir, deslizándose por la montaña, las primeras sombras de los soldados japoneses. La distancia era aún considerable y no pudo apreciar su número aproximado. Marchaban muy juntos unos de los otros, lo que hizo suponer al teniente que sus perseguidores no les creían sin duda tan cerca. La lluvia de la noche anterior habría borrado sin duda las huellas de su paso por la selva. Ello favorecía sus planes.

Poco a poco los japoneses fueron aproximándose al lindero de la jungla, tras de cuyos árboles se hallaban agazapados, con las metralletas y las granadas de mano a punto, los soldados holandeses. Robert pudo entonces calcular su número. Tal como le habían informado, oscilaba entre dos y tres compañías.

—Oye, Lode —dijo, aproximando su boca al oído de su compañero—. Avisa a los hombres que no disparen hasta que yo de la voz.

Lode se alejó gateando entre las matas, deteniéndose breves momentos junto a cada árbol, pegado al cual se hallaba un soldado escondido. Luego regresó junto a Robert.

Los nipones habían alcanzado entretanto las faldas de la montaña y avanzaban ya por el llano hacia la selva. Los que iban en cabeza se detuvieron un momento oteando el terreno que tenían delante. Volvían lentamente sus cabezas de un lado para otro, como intentando localizar algún posible peligro próximo.

—Parece como si olieran algo que no les gustara —dijo Lode en voz baja.

—Son astutos —aseguró Robert—. Han comprendido que éste es un lugar apropiado para una emboscada y temen ser sorprendidos.

Ambos oficiales volvieron a fijar sus ojos en los soldados enemigos. Éstos seguían sin moverse, quietos, casi como estatuas. Los holandeses retenían la respiración, al tiempo que sus corazones comenzaron a latir con mayor rapidez. Todo era calma, silencio; silencio sólo roto por el lejano canto de algún grillo y el croar de las ranas en los charcos de la selva.

—Esta calma es enloquecedora —exclamó Lode—. Preferiría mil veces el fragor de una batalla.

—Lo mismo me pasa a mí —aseguró Robert—. Pero descuida, de todo tendremos un poco.

Los japoneses avanzaron entonces de lado, separándose unos de los otros, a fin de ofrecer un blanco más pequeño. Luego permanecieron quietos unos segundos más y después echaron a andar lentamente hacia la línea ocupada por Robert y sus hombres.

El viento que algún tiempo antes se levantara había amainado por completo, pero había sido suficiente para arrastrar las nubes hacia el Norte y permitir que ahora, en aquel momento, asomara la luna entre las escasas capas de niebla que cubrían el cielo. El paisaje se iluminó de una pálida claridad. Robert pudo distinguir ya perfectamente a los soldados japoneses, incluso apreciar los rasgos de las caras de algunos. Siguieron avanzando, lenta, pausadamente.

—¡Disparemos ya! —exclamó Lode con voz demasiado fuerte.

—¡Cállate! —ordenó a su vez Robert—. Pueden oírte.

—¡Pero si están a treinta metros de nosotros!

—No importa. Déjalos que se aproximen más. Cuanto más cerca les permitamos llegar, más seguro será nuestro éxito.

Pasó un minuto y luego otro. Lode se revolvió, nervioso.

—Si no das la voz de fuego —dijo—, la daré yo.

—¡He dicho que te calles! —volvió a ordenar imperiosamente Robert.

Los nipones se hallaban a quince metros escasos de los primeros arbustos del lindero del bosque. Se podían apreciar ya con todo detalle sus facciones, el color de sus uniformes, sus gorras, el pálido reflejo de sus armas. De repente se oyó una voz potente, angustiosa, que resonó como un trallazo en la inmensidad de aquel silencio:

—¡Sáquenos de aquí, por favor!

Todas las sílabas de aquel terrible lamento llegaron claras y precisas hasta Robert. Procedía de la cueva en la que se hallaban

encerrados los doce infortunados soldados. Comprendió el teniente que no había tiempo que perder, que había llegado la hora de decidirse. Los japoneses, alarmados por aquel angustioso grito, se agacharon primero, para iniciar un leve movimiento de retroceso después. Pero en aquel preciso instante la voz de mando de Robert sonó fuerte, con timbre de decisión:

—¡Fuego!

Quince metralletas escupieron a un tiempo por sus negras bocas un torrente de metralla sobre los sorprendidos soldados japoneses, que comenzaron a desplomarse como espigas. Al mismo tiempo se escuchó el estruendo de las granadas de mano que los holandeses arrojaban sin cesar. La noche se cubrió de resplandores y un intenso olor a pólvora y azufre, denso, acre, irrespirable, lo invadió todo.

Los soldados de Robert no apartaban el dedo del gatillo de sus armas más que el tiempo justo para substituir sus vacíos peines por otros llenos, cuyo contenido era lanzado seguidamente contra los japoneses, que emprendían ya una amplia retirada. Robert no dio la orden de cesar el fuego hasta que el último de ellos se parapetó tras las abundantes rocas que sembraban la falda de la montaña.

—¡Hurra! —gritó, sin poderse contener, Lode—. ¡Vaya paliza les hemos dado!

Robert no compartió las manifestaciones de alegría de su amigo. Con las pupilas contraídas, seguía explorando las sombras de la noche, por las que se habían esfumado los soldados enemigos.

—¿Cuántas bajas calculas que les hemos hecho? —preguntó Lode.

—Es difícil precisarlo —exclamó Robert—. Cuarenta o cincuenta; tal vez más. Pero aún quedan bastantes para barrernos por completo.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Si no me equivoco —dijo Robert—, intentarán un nuevo asalto dentro de pocos minutos. Si lo rechazamos, volverán a refugiarse en el mismo sitio. Entonces huiremos. No se apercibirán de nuestra fuga hasta que estemos ya muy lejos.

Guardaron silencio largo rato. Los dos oficiales escudriñaban la noche, atentos a cualquier sorpresa.

A Robert le pareció oír un pequeño ruido, tenue, ligero, apenas un roce, muy cerca de donde se hallaban. Examinó detenidamente

los matorrales que frente a ellos crecían. Nada.

«Ha sido el viento», pensó. «O tal vez algún reptil».

Volvió a escuchar por segunda vez aquel suave roce, esta vez más claro, más definido. Se fijó con más interés en lo que tenía delante, pero no pudo ver nada anormal. Iba ya a desviar su atención de aquel detalle sin importancia, cuando, de repente, la figura de un hombre apareció frente a ellos, incorporándose de entre unas matas situadas a un par de metros. Se oyó un disparo seguido de un grito de agonía. Robert, casi sin apuntar, apretó el gatillo de su metralleta y vació sobre el aparecido todo el contenido del cargador. Luego se volvió a Lode, que, tumbado de espaldas y con la mirada extraviada, sangraba abundantemente por una herida en el pecho. Le pasó un brazo por la espalda y lo incorporó un poco. Examinó la herida y, viendo que su amigo vivía aún, preguntó:

—¿Te duele mucho, Lode?

—No... mucho —repuso éste, con voz velada—. ¿Quién ha sido?

—Un japonés. Estaría herido seguramente y se arrastró como una serpiente hasta nosotros.

—Robert —exclamó entonces el teniente—, quiero que me perdones por lo mal que me he portado contigo. Te creía un cobarde y has resultado ser el más valiente de... todos. Intentó levantar su mano hasta la de Robert, pero no pudo. Un estertor recorrió todo su cuerpo, y después de ahogar un gemido, se quedó quieto, inerte, tranquilo.

Robert depositó con suavidad el cadáver de su amigo sobre la hierba y se pasó una mano por sus húmedos ojos.

CAPÍTULO XXII

POSTRERA DECISIÓN

Robert no se había equivocado. Los japoneses realizaron una nueva intentona contra los soldados holandeses con el propósito de barrerlos de sus posiciones. Casi lo consiguieron; pero la tenacidad de los defensores, el nutrido fuego de sus armas y, principalmente, la seguridad y sangre fría de Robert, lo impidieron.

Los soldados nipones volvieron a sus posiciones de partida, y entonces juzgó el teniente llegado el momento de huir por la selva, con la esperanza de que su retirada tardaría en ser notada.

Arrastrándose sobre el fango como reptiles, los holandeses consiguieron retroceder el terreno preciso para no ser vistos al incorporarse, y luego, poniéndose en pie, echaron a correr con todo el ánimo de sus corazones y con todas las energías que les prestaban sus cansadas piernas.

Robert se detuvo un momento y dirigió una última mirada a la cueva en la que quedaban prisioneros doce de sus soldados. Luego siguió a los fugitivos en su rápida huida.

Caminaron sin descanso toda la noche, y al amanecer dieron alcance a la columna mandada por Ter. La visión de aquellas gentes conmovió el corazón de Robert. Sólo los soldados estaban en condiciones de proseguir el camino. El resto estaba echado en el suelo, sin aliento, extenuado, sin fuerzas para caminar un paso más.

Robert dispuso consumir las últimas reservas de licores y café, que fueron repartidas entre las personas civiles. Luego fue al encuentro de Aline. La muchacha estaba, como la mayoría, agotada. Su demacrado rostro, las grandes ojeras que le comían la cara y su respiración cortada y difícil, hicieron comprender al teniente que la joven había llegado al límite de sus fuerzas.

Un solo pensamiento atormentaba al teniente: el tiempo que los japoneses habrían tardado en darse cuenta de su retirada. De ello dependía su suerte definitiva. La costa no estaba ya lejos, lo sabía, a veinte o treinta kilómetros como máximo, pero en aquellas condiciones era como si se hallara en la luna. Todos necesitaban un reposo, por breve que fuera, pero Robert temía que mientras descansaban hicieran su aparición los nipones. Sin embargo, sin más camino que elegir, optó por conceder a todos un breve descanso.

Transcurrieron tres horas que a Robert le parecieron una eternidad. Sentado junto a un árbol, con la vista fija en la enmarañada jungla, estuvo durante todo el tiempo esperando con el corazón oprimido la aparición de los perseguidores. Al fin, levantándose, ordenó proseguir la marcha. Ter se encargaría de conducir a aquella gente hasta la costa. Una vez allí, debía procurar comunicar por radio, utilizando el pequeño receptor de campaña, con cualquier barco aliado de los muchos que debían recorrer en aquel instante los mares de Sumatra. Él, con los soldados que le quedaban, marcharía en segundo lugar, frenando cualquier posible ataque por la retaguardia.

La columna se puso en marcha. A la media hora escasa de caminar llegaron hasta ellos los estampidos lejanos de la desesperada lucha que los soldados de Robert mantenían con las fuerzas japonesas en su intento de retrasar en lo posible el avance. El inminente peligro de ser capturados hizo que de lo más hondo de aquellos cuerpos agotados brotaran las últimas energías que les restaban, y prosiguieron caminando, poco a poco, hacia la costa.

Por fin pisaron las tibias arenas de una extensa playa. Ter oteó el horizonte. Hasta donde fu vista alcanzaba no se divisaba señal de embarcación alguna. El desaliento se apoderó de todos. El fragor del combate que aquellos bravos soldados holandeses mantenían a escasas millas de allí, iba aproximándose lentamente. Los japoneses avanzaban.

Ter manipuló febrilmente en el receptor. Al principio no consiguió entablar contacto alguno. Pero por fin una voz respondió a sus angustiosas llamadas. Era un barco americano; un mercante. El teniente señaló su posición y dio cuenta de la desesperada situación en que se hallaban. La comunicación se cortó de repente.

Los disparos sonaban cada vez más cerca. El mar seguía vacío. Por un momento Aline pensó que todo había terminado. ¡Tantos esfuerzos, tantas penalidades, tantos sufrimientos, para nada!

De repente, un grito brotó de las gargantas de todos. Un punto negro había hecho su aparición en el horizonte. Poco a poco fue agrandándose, hasta recortarse sobre el azul del cielo la enorme silueta de un barco. La nave se aproximó a escasa distancia de la playa y varias lanchas fueron lanzadas al agua.

Entre las palmeras que bordeaban la playa aparecieron en aquel momento los soldados de Robert. Mejor dicho... los que quedaban. Aline los contó rápidamente. Doce, sólo doce. De los ochenta que se habían quedado con Robert a detener el avance japonés, sólo doce consiguieron escapar con vida. Un profundo estremecimiento agitó a la muchacha y por un momento le pareció que iba a desplomarse sin sentido. Luego buscó con los ojos enfebrecidos al teniente. Sí, Robert se había salvado. Corría en aquel momento hacia ella.

—¡Corre, Aline! —gritó, cogiéndola por un brazo—. Los japoneses no tardarán ni cinco minutos en llegar.

CAPÍTULO XXIII

TERMINA LA HISTORIA

Se acercaron todos al agua. Con las cabezas vueltas hacia las palmeras, esperaban de un momento a otro la aparición de sus perseguidores. Las lanchas se aproximaban a todo motor, pero a Robert le daban la sensación de lentas tortugas, inmóviles en medio del mar.

Algunas mujeres, en su desesperación, penetraron en el agua hasta la cintura. Todos las imitaron. Querían acortar distancias, por pequeñas que fueran, entre ellos y las embarcaciones que se aproximaban. Las lanchas iban entretanto avanzando. Estaban cerca, muy cerca, pero los japoneses estaban también próximos, los tenían ya encima.

Robert comprendió que todos los esfuerzos hechos iban a resultar inútiles a última hora. Sus perseguidores llegarían antes de que aquellas pobres gentes pudieran ser recogidas. ¡Cinco minutos, sólo cinco minutos más hubieran sido suficientes! Pero era pedir demasiado. Miró a Aline, a su querida Aline; sus rostro, pálido y demacrado, su extremada palidez. La tomó entre sus brazos y la estrechó con fuerza. Luego se separó de ella.

—¡Soldados! —gritó—. Necesito voluntarios para quedarse aquí, defendiendo el embarque de esas mujeres y de esos niños.

Aquellos hombres extenuados, rendidos, heridos muchos de ellos, corrieron todos, sin excepción alguna, junto a Robert.

—¡Gracias! —dijo éste—. Pero no será necesario que se queden todos. Sólo seis o siete.

El mismo eligió algunos. Ter se ofreció también. Robert se opuso en un principio.

—Me quedaré contigo, Robert —dijo aquél, con energía—. Si tú

te quedas, yo también. No vales más que yo.

Robert estrechó la mano de su amigo. Aline comprendió entonces lo que aquel puñado de hombres intentaba hacer, y sollozando, en un ataque de histerismo, sé arrojó en brazos del teniente, rodeándole el cuello y aferrándose a él fuertemente.

—¡No! —gritó—. ¡No quiero que te quedes!

Sus palabras eran confusas, mezcla de gemidos y llanto. Robert se separó violentamente de ella. Algunos hombres la sujetaron. El teniente y sus soldados corrieron hacia las palmeras. Penetraron en su recinto y se acurrucaron tras los troncos.

Aline consiguió desasirse y corrió hacia él. Pero pronto fue alcanzada y conducida a viva fuerza junto a los demás. En aquel momento las lanchas llegaron a la playa y en el mismo instante hicieron su aparición los japoneses. Robert los recibió con una larga serie de ráfagas que consiguieron detener unos momentos su avance. Los fugitivos de Palembang comenzaron a embarcar; dos minutos después las lanchas se alejaban de la playa.

La brisa del mar transportó hasta Robert la voz de Aline, suplicante, desesperada. Le llamaba por su nombre, y las palabras de la muchacha llegaban hasta él mezcladas en el suave murmullo del mar. Volvió el rostro y pudo verla un instante aún. En una de las lanchas, pálida, con los ojos enrojecidos por el llanto, estaba sujeta por algunas mujeres; tenía los brazos tendidos hacia él.

En aquel momento los japoneses se lanzaron a un decidido ataque. Los holandeses, aquel puñado de valientes, los recibieron en pie disparando sus armas sin cesar. Nadie reflejaba el más leve temor, la más insignificante sombra de miedo. Uno a uno fueron cayendo, desplomándose sobre las secas hojas de palmera esparcidas por el suelo. Ter cayó junto a su amigo.

—Adiós... valiente —pudo exclamar aún. Luego quedó rígido.

Robert apretó con rabia el gatillo de su metralleta, y de la negra boca de su cañón brotó la última ráfaga. Fue el último en caer. Lentamente fue doblándose por la cintura hasta quedar tendido en tierra, con los ojos muy abiertos, mirando al cielo.

Había en las nubes reflejos dorados y en el aire intenso perfume de madreselvas.

Calló la joven pasajera y sus ojos volvieron a posarse en las lejanas costas de Sumatra. Su acompañante enjugó de sus ojos una

tímida lágrima.

—¿Qué fue de Aline? —preguntó.

—Se refugió en Australia hasta que la guerra terminó. Luego regresó a Holanda. Han transcurrido muchos años desde que tuvieron lugar los hechos que le he relatado a usted. Las viejas heridas se han cicatrizado y aquella espantosa guerra que asoló a medio mundo ha desaparecido ya del recuerdo de muchos. Para Aline no ha sido así. Aunque logró salvar la vida, su corazón quedó enterrado allí, bajo las palmeras de aquella playa de la isla que ahora contemplamos. Sólo le queda un consuelo a su pena. El teniente Robert van Willems logró librarse al fin de su vida de aquella obsesión que durante tanto tiempo le había perseguido. Y si vivió como un cobarde, supo morir como un valiente, como un héroe.

Se hizo un profundo silencio.

—Bob —prosiguió la joven— no es lo que sus compañeros creen. Los conceptos de cobardía y valor son muy relativos. —Luego, despidiéndose de su acompañante, se alejó.

Algunas horas después el trasatlántico atracaba en el puerto de Sumatra. Asomada a la borda, la madre de Bob contemplaba distraídamente a las personas que abandonaban el barco. Entre ellas distinguió la esbelta figura de la joven que horas antes le relatará la historia del teniente Willems. Pasaba por su lado un oficial del barco y le llamó.

—¿Sabe usted quién es aquella joven de cabello rubio? —preguntó.

—Sí, señora —afirmó amablemente el oficial—. Es la señorita Aline van Caurelaert. Es holandesa y suele viajar con nosotros varias veces al año. Visita Sumatra con mucha frecuencia, por pura diversión, supongo yo.

La madre de Bob siguió con la mirada a Aline hasta que hubo desaparecido entre la muchedumbre que invadía los muelles del puerto. Luego se volvió hacia el joven oficial.

—Sí —dijo—. Seguramente será por eso: por pura diversión.

FIN

¡TINIEBLAS!

Le ha ocurrido a usted, y puede ocurrirle a cualquiera.

¿Un simple contacto? ¿Un exceso de carga? ¿Por qué ha saltado el fusible?

¡VENGAN VELAS!

¿Las tenemos? ¿Será preciso que aguardemos a oscuras hasta que el electricista aparezca?

¡NO ES NECESARIO!

Débase el apagón a un cortocircuito o a cualquier otra causa, el más novato, el que menos conocimientos de electricidad tenga, puede descubrir la causa y reparar en pocos instantes la avería.

TODO HA SIDO PREVISTO.

Las instrucciones son claras y concisas. Un niño puede hacer

QUE LA CLARIDAD REINE DE NUEVO.

Y todo ello adquiriendo por cuatro pesetas

EL ELECTRICISTA CASERO

que se publicará en uno de los próximos números de los acreditados Manuales Cisne.

Reparación de fusibles, planchas, hornillos, estufas... Instalación de enchufes, líneas supletorias, lámparas, tendidos completos...

USTED MISMO PUEDE HACERLO

sin previos conocimientos.

EL ELECTRICISTA CASERO

está escrito para que usted lo comprenda. Venta en quioscos y librerías al reducido precio de 4 pesetas.

EDITORIAL
CISNE

Exclusivas
GERPLA

Unión, 21 - Barcelona

GRÁFICAS GUADA, S. R. C. — Rosellón, 24 — Barcelona

